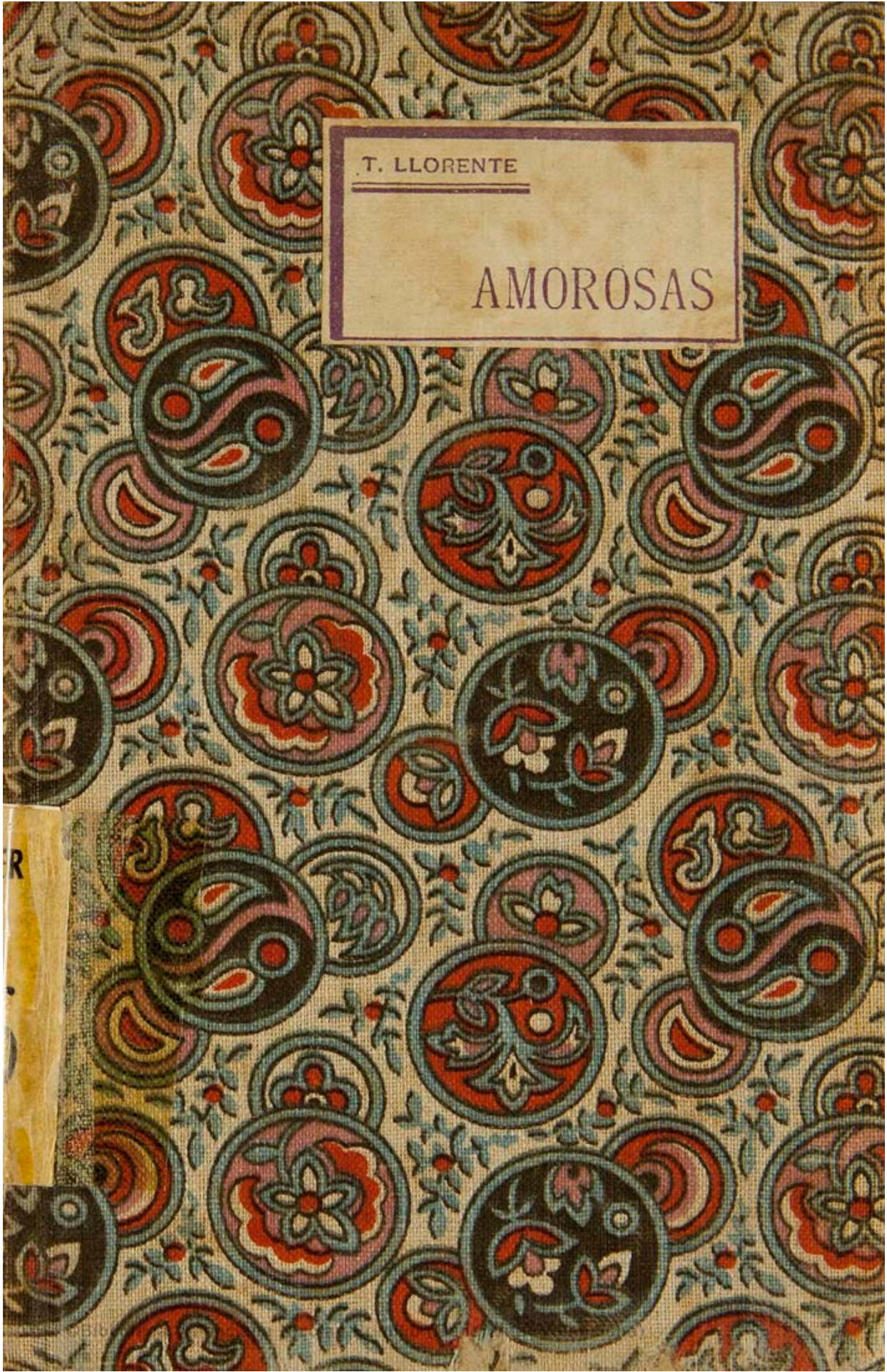



T. LLORENTE

AMOROSAS



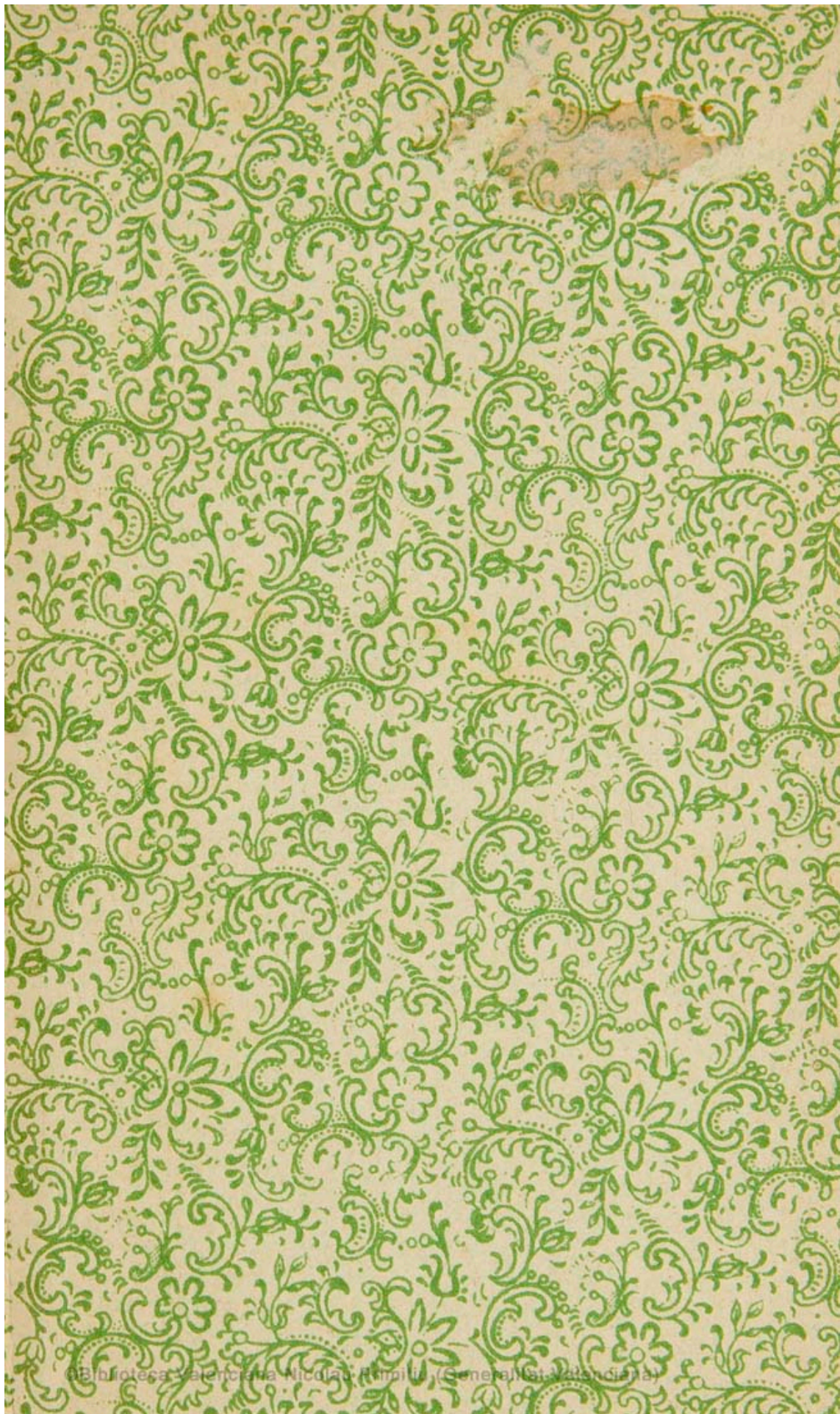
Biblioteca  Valenciana

AMOROSAS



3 1000001 102634

BLLG/265



T. LLORENTE

AMOROSAS

POESÍAS

DE LOS PRINCIPALES AUTORES MODERNOS

PUESTAS EN RIMA CASTELLANA

JUAN DE GASSO - EDITOR - Sucesor de GASSÓ HERMANOS
Santa Teresa, 4 y 6 — BARCELONA

1876

265



R.65.224



PRÓLOGO.

La benévola acogida dispensada por el público y la crítica á la traducción de poesías de los principales vates modernos, que con el título de *Leyendas de Oro* di á la estampa el año pasado en esta *Biblioteca*, y las repetidas instancias de sus editores, hácenme reincidir en el atrevimiento de presentar, vestidas con versos castellanos de mi pobre ingenio, obras inmortales, de poderosa inspiración y espléndida belleza, que son preciadísimas joyas de extranjeros Parnasos.

He abierto, con este fin, casi olvidados legajos, en que quedaron sepultados los estudios de mi juventud: no faltaba en ellos el suficiente *material* para este tomo, contando siempre con que el público ha de conservarme su indulgencia; pero, como todo libro, según mi idea, ha de tener cierta unidad, púseme á pensar de qué modo juntaría algunas páginas sueltas de aquellos trabajos, fruto mal sazonado de mi admiración hacia los grandes poetas de nuestro siglo. Para las *Leyen-*

das de Oro, había buscado y reunido las poesías de carácter narrativo, los relatos históricos, tradicionales ó fantásticos, que pueblan la esfera ideal del pensamiento y constituyen la fábula eterna de la imaginación. Para diversificar el carácter de este nuevo ramillete de poesías, he apelado á las flores del sentimiento, á las que la pasión y la galantería han tejido siempre para corona de la hermosura. Aquel hilo misterioso de Ariadna, que sacó á Teseo del cretense laberinto, sirvióme á mí también para salir del apuro: he cosido con el hilo del amor las páginas que forman este breve volumen, algunas de las cuales habían volado en alas de la efímera publicidad de los periódicos, y permanecían las más en los oscuros cajones de mi escritorio, de donde tal vez no debieran salir. Aunque así sea, espero que la índole del sentimiento que *informa* (como ahora se dice) esta colección de versos, ha de procurarme algún valioso patrocinio: ¿no podré contar, por lo menos, con la simpatía de esa hermosa mitad del género humano, á quien presento, brevemente compendiado, el riquísimo homenaje que le tributa la Poesía, personificada en algunos de sus más excelsos hijos?

Eco la Poesía de los sentimientos humanos, en todo lo que tienen de noble y elevado, de vehemente y profundo, en todo lo que levanta al alma de las miserias de la vida para sostener é impulsar sus inspiraciones soberanas, ha de ser, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, el lenguaje propio y natural

del amor. Apenas hay enamorado que no haya hecho versos: hasta los hombres más graves y formales, los que con gesto adusto desdennan después las *frivolidades de la poesía*, guardan quizás en un rincón de su memoria ensayos métricos con que atormentaron su ingenio en días inolvidables de ilusión y felicidad. El amante que jamás se atrevió á enlazar dificultosas rimas, no deja, por ello, de ser poeta. Desde el primer billete, henchido de ridículas metáforas, que copia de un antiguo formulario el rapazuelo prematuramente enamorado, hasta la copla vulgar que al compás de la guitarra canta el gañán á su prometida; desde la flor que arranca de sus cabellos y arroja á su novio la inocente niña, hasta los primores del lujo y la riqueza, que en deslumbradores presentes ofrecen á la belleza el amor, ó quizás la seducción, todo lo que es expresión del culto que el hombre rinde á la mujer, se reviste del encanto, del vago idealismo de la Poesía.

¿Quién ha de extrañar, pues, que esa haya sido siempre una de las cuerdas que más dulcemente sonaron en la lira de todos los grandes poetas? El heroísmo y la gloria, la virtud y la fe, el hogar y la patria, la naturaleza, la dicha y la hermosura, en todos sus múltiples aspectos, temas son dignos y propios de la inspiración poética; pero faltaría en ella algo, quedaría obscurecido ese cuadro, si no lo iluminase la sonrisa divina de la mujer idealizada. Así vemos que, entre todas las creaciones poéticas, ninguna eclipsa el brillo de las Beatrices, Lauras y Eleonoras, imágenes

VIII

imperecederas del amor, en las cuales parece que se haya condensado el alma de los poetas.

¡Qué galería tan interesante sería la de todas las mujeres immortalizadas por la Poesía! ¡Qué concierto tan magnífico el que reasumiese los apasionados cantos que su amor ha arrancado á la eterna lira de la humanidad! Vibrarían siempre en ella las mismas notas; pero combinadas de mil modos distintos: ora dulces y tímidas, ora apasionadas y ardientes; ya profundas y graves, como la pasión reconcentrada; ya lánguidas y desmayadas, como la enervante molicie; ora melancólicas y sollozantes, como el suspiro del amor imposible; ora juguetonas y risueñas, como el tiroteo de la galantería. Porque el amor, que siempre es el mismo en su esencia, como todas las pasiones del hombre, no solo ofrece diversísimos aspectos, según las circunstancias y caracteres, sino que varía algo en su expresión y hasta en la idea que de él formamos, con el cambio que los tiempos producen en la humana cultura y en los hábitos sociales.

En la antigüedad pagana, por ejemplo, el amor de que nos hablan los poetas, no era más que el deleite de los sentidos. En Grecia, la esposa, encerrada con las esclavas en el gineceo, no excitaba ninguna idea poética en la mente de aquel pueblo risueño, que vivía en la plaza pública y adoraba allí á la hermosura en los altares del placer. Aspasia, la cortesana, admirada por Sócrates y amada por Alcibiades, es el ideal de la mujer en Grecia. La ardiente estrofa de

Safo, esa estrofa única que nos ha quedado, de la enamorada poetisa, expresa con palabra de fuego el frenesí de los sentidos, y es la revelación típica del amor, como lo entendían los griegos.

En Roma, la mujer adquiere mayor personalidad; mas no es el amor el que se la dá. Admiramos á la matrona romana; pero en ese tipo severo, cuyo ideal es la madre de los Gracos, no encontramos á la amada ni á la amante. El amor, llama sensual, como en Grecia, no es más que una frívola molicie, como la que respiran los epicureos versos de Horacio y de Tibulo, ó un ardor desenfrenado, que no respeta el decoro ni el pudor, y convierte á las severas matronas en insaciables Mesalinas.

El amor era considerado, pues, por la antigüedad clásica como una flaqueza, indigna del varón fuerte, y cuando estallaban sus fuegos en un corazón noble, miraban aquella desgracia como un castigo de los dioses. Toda la poesía de aquellos tiempos está llena de esas venganzas de Venus, que encienden en el alma de sus víctimas los furoros de Fedra.

¡Qué diferencia de estos sentimientos al amor, tal como lo celebraron más tarde los poetas, considerándolo como una celeste exaltación del alma, como una sublimación de cuanto hay en ella de más puro, de más celeste y divino! Al Cristianismo débese sin duda tan notable transformación. Y no tan sólo porque la nueva ley levantase la condición de la mujer, equiparándola al hombre en dignidad, ni porque consagrarse

la unión conyugal, santificando el amor de los esposos, sino más bien porque reveló á los ojos carnales del hombre el mundo del espíritu, y dió á todos sus afectos ese misterioso y melancólico idealismo, que inspiran la sed de lo eterno y el afán de lo infinito.

En la humanidad espiritualizada por el Cristianismo trocóse el amor, de una sensación, con sus frívolos placeres y sus ansias pasajeras, en una pasión, con sus luchas profundas y sus goces inefables. Encarnado este sentimiento en la vigorosa y casta raza germánica, produjo aquella apoteosis de la mujer, que fué en la Edad Media uno de los caracteres de la Caballería. Amar á una mujer con afecto constante, extremado y puro, y acometer por ese amor las más extraordinarias empresas, era el colmo de la virtud caballeresca. Un sentimiento, desconocido de la antigüedad, la galantería, brotaba de esa idea; la poesía de los trovadores era su expresión, y en las costumbres se exajeraba hasta el ridículo punto de las Córtes y los Códigos de Amor, que convertían la pasión en artificiosa sutileza.

De estas frivolidades, á que descendió la galantería caballeresca en la época provenzal, la elevaron á las alturas ideales el Dante y el Petrarca, los grandes maestros del amor platónico. El cantor de los mundos sobrenaturales *emparadisa* á su dama: Beatriz, amor no logrado de su juventud, es la aspiración infinita del alma, la ciencia, la belleza, la virtud, la visión eterna, que lleva al poeta á través de los ho-

rrores del infierno y de las esferas celestiales hasta la presencia de Dios. El amante de Laura, aunque no tan místico y religioso, consagra culto igualmente puro á la mujer. «Amé la virtud de Laura, dice en sus memorias, y no cifré mi deseo en cosa mortal.» Este afecto espiritual, respetuoso, disertador y sutilísimo, que venía á ser el extremo contrario del erotismo pagano, dió el tono, por mucho tiempo, á la poesía amorosa. Hoy, admirando siempre sus inspiraciones culminantes, nos fastidia y empalaga la vana metafísica de aquella escuela, que desconoce la realidad de la pasión humana, al sublimarla á una esfera sobrenatural.

No es el amor el fuego de los sentidos; pero tampoco un mero concepto filosófico: abraza esa pasión la doble naturaleza del hombre, y se forma, según una frase feliz de Víctor Hugo,

Des frissons de la chair et des rêves de l'ame.

Este es el amor verdadero, amor complejo en su esencia y múltiple en sus manifestaciones, con ímpetus violentos é inefables melancolías, con aspiraciones ideales y poéticas pequeñeces, contentándose á veces con una insignificante fruslería, insaciable después y atormentado, en medio de la mayor felicidad, expresión exacta de la grandeza y la impotencia del alma humana.

Los grandes poetas de este siglo han sabido expresar estos afectos con más verdad y de más natural

manera que los conceptuosos y almibarados vates que les precedieron; y las breves páginas de este libro (si la impotencia de la traducción no ha destruido por completo el espíritu de sus versos) revelarán la viveza de sentimiento que á la expresión del amor dá la moderna poesía, y al mismo tiempo la diversidad de matices que esta pasión reviste en el fondo profundo del corazón.

Siete son los poetas á quienes puse á contribución para formar este volumen: Schiller, Goethe y Heine, trinidad gloriosa del parnaso germánico; Byron, el coloso solitario de la moderna poesía inglesa; los dos grandes vates franceses de nuestra edad, Lamartine y Víctor Hugo, y su compatriota Alfredo Musset, que sin figurar á igual altura, no podía faltar en un libro de amores.

Hay cierta indudable unidad y cierta simpática armonía en la manera como todos estos insignes poetas comprenden y expresan el amor; mas, no por ello dejan de diferenciarse sus sentimientos, como aquellas hermanas de que habla Horacio, cuya semejanza no excluye los rasgos propios de cada fisonomía.

¡Qué armónico contraste ofrecen, por ejemplo, Schiller y Goethe, los dos atletas hermanos del renacimiento literario de Alemania! Schiller, tierno, melancólico, soñador, elevando siempre el alma á las sublimidades del ideal, ama con ese amor entusiasta que diviniza el objeto amado, y su pasión experimenta los célicos arrobamientos y las amarguras de las aspira-

ciones infinitas. Al encontrar á su Laura en el mundo, fantasea el poeta que la ha conocido y amado en esferas superiores, en una existencia divina; y los amantes unen sus labios calenturientos para buscar aquella dicha perdida, aquella apagada divinidad:

*Das verlorne Wesen einzuschlingen
Gottheit zu erschwingen.*

Goethe no experimenta esos afanes: poeta objetivo, clásico, casi pagano, halla la belleza en la forma y el placer en el amor. La mujer es una preciosa criatura, que el vate de Weimar embellece, pero sin levantarla de la tierra, dejándole, entre todos sus encantos naturales, el encanto también de la fragilidad. En todas las amadas de Goethe hay algo de la pobre Margarita; todas tienen algo de víctima. El poeta, como un dios del antiguo Olimpo, recibe sereno é impasible el homenaje del amor y la hermosura, y si en su pecho encienden una llama que sobrevive al goce del momento, quiere que esa llama sea tibia y tranquila; y así canta la dicha de la ausencia, que permite al amante vivir, comer sosegadamente, y, sin temores ni celos, tributar á su lejano dueño un amor apacible y eterno.

Enrique Heine nos presenta un nuevo aspecto de la pasión amorosa: es sensible como Schiller; pero no idealista como él; sus mujeres son las mujeres del mundo, encantadoras, amantes, débiles, como las de Goethe. Mas ¡ay! el poeta de Dusseldorf no es el dios

XIV

que las sacrifica en su altar, sino la víctima de sus veleidades pérfidas ó inocentes. Sus cantares nerviosos, palpitantes, llenos de suspiros y de lágrimas, que interrumpen burlas delicadas ó mofas sangrientas, nacen siempre de un corazón desgarrado, amante de su tormento. La mujer, para Heine, tiene siempre algo de serpiente; y busca sus terribles abrazos para gozar «la dicha de Laoconte.»

La amargura de Byron es más altiva. Su alma tempestuosa, arrastrada por el vértigo del pensamiento,—*the demon Thought*—rompe, uno por uno, todos los lazos de los afectos humanos, y se complace en la soledad misantrópica de su orgullo. Aún niño, amó con la vehemencia de la virilidad: hombre, recuerda quizás aquellos momentos de dicha; pero se engríe oponiendo á la seducción de la hermosura su impasibilidad desesperada:

*Nay, smile not at my sullen brow
Alas! I cannot smile again.*

En Lamartine volvemos á encontrar la ternura y la dulce melancolía de Schiller. Poeta creyente y amante, goza en paz la felicidad del amor; pero en esta felicidad hay un fondo de infinita tristeza, y lo perturba la inquietud de la ventura fugitiva:

*Ce n'est qu'un songe
Que le bonheur qui doit finir.*

Al vuelo lírico de Schiller añade Lamartine un ex-

quisito sentimiento de la naturaleza, y gusta de unir á la pintura del amor las bellezas del campo, produciendo dulcísimos idilios, como el *Chant d'amour*, uno de los cuadros más encantadores que ha trazado el arte, inspirado por el corazón.

No es fácil dibujar, en breves líneas, los rasgos multiformes de la musa de Víctor Hugo. Este hijo predilecto de la fantasía ha ido cambiando de tonos en el prodigioso concierto de su vida. Los amores de su juventud son castos, ingenuos, purísimos.—*Le parfum d'un lis pur, l'éclat d'une aureole*, son los colores y las imágenes que emplea para pintarlos. La dicha y la ternura en el seno del hogar han inspirado á Víctor Hugo los versos más sentidos de su buena época. Después, cuando su poesía toma un tinte filosófico, la pasión amorosa se impregna en su alma de un panteísmo algo materialista, bañándose

*Dans les effluves suprêmes
Des éléments amoureux.*

Por la pendiente de este panteísmo, el amor, ideal en la juventud del poeta, como un sueño de ángeles, descende en su vejez hasta tocar al apetito del sátiro, y en LES CHANSONS DES RUES ET DES BOIS, los idilios de Víctor Hugo se revisten de un naturalismo alarmante, que el vate innovador quiere dar por ley á su nueva Arte poética:

*Grace au grand Pan, dieu bestial,
Fils, le réel montre ses cornes
Sur le front bleu de l'idéal.*

Alfredo Musset cierra la pléyada de nuestros siete poetas: naturaleza sensible, delicada, exquisita, como la de Enrique Heine, lo que mejor le caracteriza es la suprema elegancia, el aticismo moderno del buen tono parisién, que dá á las frivolidades ó las angustias del amor la expresión conveniente. Musset es audaz con la mujer, y la mujer no se enoja de sus audacias. Su musa galante penetra con igual desenvoltura en el salón de la duquesa que en el *boudoir* de la cortesana; en todas partes tiene una sonrisa, y en todas partes tiene igualmente un suspiro, porque también este hijo del placer busca una felicidad que no puede encontrar.

Y hé aquí cómo todos nuestros poetas, al cantar el amor y la hermosura, velan con una misma sombra de tristeza los ímpetus de la pasión y los éxtasis del deleite. La dulcísima lira en la que puso una cuerda cada uno de ellos, resulta perfectamente acordada, y en sus brillantes y variadísimos arpegios suena siempre una nota grave, eco profundo de la aspiración infinita del alma, que ha de referir toda belleza humana y todo bien perecedero al prototipo eterno de la belleza y del bien.

Basta de preámbulo, y juzgue el lector por sí mismo el acierto de estas observaciones. Si acaso, al recorrer las páginas siguientes, parécenle exajerados mis encomios, no lo extrañe, porque las mejores sonatas de Mozart ó de Beethoven pueden perder todo efecto, si las toca en desafinado instrumento algún

rasca-vihuelas. No les suceda tal á las *Amorosas*; y todos los aplausos, muchos ó pocos, sean para los genios inmortales, cuyas obras presento al público español. Con ello quedarán cumplidos los deseos y las esperanzas del temeroso traductor.

Valencia, 1876.

TEODORO LLORENTE.



LAZOS DE AMOR

(De Heine)

En los palacios y en los museos
Veréis pintado paladín rudo,
Que revistiendo nobles arreos,
Embrazo ufano lanza y escudo.

Pero risueña tropa de amores
Lo envuelve en giros de alegre danza,
Échale al cuello lazos de flores
Y le despoja de escudo y lanza.

Así entre dulces cadenas muero,
Llorando inútil vanas porfías,
Mientras esgrimen otros su acero
En los combates de nuestros días.

ILUSIÓN

(De Goethe)

La caprichosa cortina
Se ha movido en su balcón;
Quiere indagar mi vecina
—¡Curiosidad femenina!—
Si estoy en mi habitación.

Quizás se ha puesto en acecho
Para saber si el despecho
Que todo el día sentí,
Lo guardo aún oculto aquí
En el fondo de mi pecho.

Mas tales de mi vecina
Los pensamientos no son;
¡Es la brisa vespertina
La que mueve en su balcón
La caprichosa cortina!

EXTASIS

(De Schiller)

Laura, si tu mirada enternecida
Hunde en la mía el fulgurante rayo,
Mi espíritu feliz, con nueva vida,
En ráfaga encendida,
Resbala con la luz del sol de Mayo.
Y si en tus ojos plácidos me miro
Sin sombras y sin velos,
Extasiado respiro
Las auras de los cielos.

Si el acento sonoro
Tu labio al aire da con un suspiro,
Escucho de los ángeles el coro,
Que el movimiento acompasado guía
De las estrellas de oro;
Y absorta el alma mía
En transporte amoroso se extasía.

Si en la danza armoniosa
Tu pié, como ola tímida, resbala,
A la tropa de amores misteriosa
Miro agitar el ala;
El árbol mueve, tras de tí, sus ramos,
Cual si sonara Amfión la dulce lira,
Y á mis plantas la tierra que pisamos
Vertiginosa gira.

—
Si de tus ojos el destello puro
Fuego amoroso inflama,
Latido al mármol duro
Dá y al árido tronco vital llama.
Cuanto goce soñó la fantasía
Ya presente contéplolo y seguro
Cuando en tus ojos leo, Laura mía!

LAS CEREZAS

(De Victor Hugo)

Por cerezas muchas veces
Ibamos juntos al huerto.
Ella tendía los brazos,
Cual mármol blancos y tersos,
Y encaramábase al tronco,
Las verdes ramas asiendo.
Movía el aire las hojas;
Y entre sombras y reflejos
Palpitaba su garganta
Alabastrina y su pecho;
Mientras, su mano hechicera
Cojía el fruto bermejo,
Que ascua viva semejaba
En un haz echado al fuego.
Detrás de ella yo subía;
Y la falda recogiendo,
A mis ojos encendidos
Les decía: «Estáos quedos.»

Después cantaba, cual Diana
Hermosa y esquivada. Luego
Me ofrecía una cereza
Entre sus labios risueños.
Los míos, febricitantes,
Clavaba dichoso en ellos;
La cereza le dejaba,
Pero le robaba el beso.

A ELVIRA

(De Lamartine)

Aún el Anio murmura
De Cintia el dulce nombre á la espesura
Del viejo Tibur; el amor de Laura
Cuenta en Valclusa suspirando el aura,
Y Ferrara la espléndida hermosura
Celebra de Leonora.
¡Feliz beldad la que el poeta adora!
¡Dichoso el nombre que inspirado canta!
¡Oh, tú, que de su amor la ofrenda santa
En secreto recibes;
Vano será, si contra tí levanta
La muerte su segur: ¡eterna vives!
De la pasión consagra la memoria
La poesía, y al alzar su vuelo,
La amada y el amante eleva al cielo
Y los conduce al templo de la gloria.

¡Ah! si mi pobre nave,

Que á merced de los vientos hoy resbala,
Fijando el rumbo incierto
A impulso de otro soplo más suave,
Doblar pudiera el ala,
Cual ave perseguida, en feliz puerto;
Si brillase en mi cielo sol más puro;
Si el llanto de una bella los enojos
Pudieran aplacar de airada suerte,
Y apartar de mis ojos
Las sombras de la muerte,
Audaz acaso..... Mi ambición perdona:
¿Qué no ambiciona quien de amor delira?
Acaso audaz robando tu corona,
¡Oh numen de la lira!
Emulase á mi amor mi loco intento,
Y á la mujer que mi pasión inspira
Alzara un monumento.
Tal, cuando al pié del árbol del camino
Detiénese un momento
Cansado el peregrino,
Del tronco amigo que su frente escuda
Graba una cifra en la corteza ruda.

—
¿No ves la tierra, de alegría y luto
Siempre vestida? Desnudar la verde
Pompa mira á las selvas, y que el fruto
El fértil campo marchitado pierde.
Ancha tumba en la mar encuentra el rio,
La verdura del prado

Del cierzo amarillea al soplo frío,
Y en su rodar eterno
Ya el carro del Otoño vá impulsado
Por la aterida mano del Invierno.

—
Cual genio destructor, que el brazo fuerte
Armó implacable de mortal cuchilla,
El tiempo, con el hierro de la muerte,
Todo á sus piés lo humilla.
Así la mies dorada caer vimos
Al golpe de los rudos segadores:
Así á la vid lozana
Arranca del Octubre la aspereza
Pámpanos y racimos.
De la efímera vida dulces flores,
Así pereceréis: fugaz belleza,
Rosa de una mañana,
Radiante juventud, tiernos amores,
Así pereceréis, si agradecida
No os da la voz del genio eterna vida.

—
Al que embriaga el placer, festivo coro,
Compasiva descienda tu mirada:
Cuando arroja cansada
La mustia juventud su copa de oro,
Dime, ¿qué queda de ella?
Ni un nombre, ni un recuerdo, ni una huella.
Silencio eterno sucedió al sonoro
Cantar de sus amores placenteros;

La losa funeral su olvido sella.
Mas tu ceniza fría
Esparcirán los siglos venideros,
Y tú vivirás siempre, ¡Elvira mía!

REALIDAD Ó FANTASÍA

(De Helne)

Dímelo tú, vida mía;
Contéstame francamente;
¿Eres loca fantasía
De las que en noche sombría
Forja el vate allá en su mente?

¡Oh! nó, tu boca de rosa,
Tu pupila que arde inquieta,
Tu gracia casta y donosa,
No pueden ser, niña hermosa,
Vano ensueño del poeta.

Basiliscos y dragones,
Horripilantes visiones
Y tremendos disparates:
Esas son las concepciones
Predilectas de los vates.

Pero tu dulce alegría,
Tu travesura discreta,
Tu genial coquetería,
No pueden ser, vida mía,
Vano ensueño del poeta.

DESPEDIDA

(De Byron)

Tu dulcísimo beso, vida mía,
Mi labio guardará, limpio y seguro,
Hasta que al tuyo, en venturoso día,
Pueda volverlo, inmaculado y puro.

Tus ojos, que el dolor hoy humedece,
Siempre igual han de ver el amor mío;
La lágrima que en ellos resplandece
No llorará mudanza ni desvío.

Prenda mi fe de tu cariño estrecho
No exige, dulce bien, ni necesita;
Ni he de llevar memorias junto al pecho,
Que solo por tu amor arde y palpita.

Tampoco á pluma entregaré impotente
El afán con que mi ánimo batalla;

¿Qué vale la palabra balbuciente,
Si mudo sufre el corazón y calla?

—
Día y noche, en bonanza y en tormenta,
Mi espíritu, por siempre ya rendido,
Devorando el afán que lo alimenta,
Su amor eterno llevará escondido.

HERMOSURA Y PUREZA

(De Victor Hugo)

La gracia seductora
Llena tu juventud, niña hechicera;
Dicen tus ojos límpidos: ¡Aurora!
Tu frente pura dice: ¡Primavera!
Parece que tu mano
Lleva un lirio invisible:
Don Juan te vé pasar, te mira en vano,
Y murmura: «Imposible!»

Niña feliz, sé bella;
Niña feliz, sé pura:
Al resplandor divino que destella
Tu admirable hermosura,
El mundo se reviste de alegría,
Y del lóbrego bosque á la espesura
Llevas la luz del día.

Con sus alas de gasa

Amorosas—3

Roza la avispa, que volando pasa,
Tu rosada mejilla;
Y cual vuela á la llama esplendorosa,
Vuela al fulgor que en tus pupilas brilla,
Nocturna mariposa.
Es incienso aromático tu aliento,
Que sube al firmamento.
Si la Grecia te viera,
Roto el velo que oculta tus hechizos,
La Aurora ver creyera,
Cuando de su flotante cabellera
Brillan los astros en los sueltos rizos.

Los ángeles dichosos, que del cielo
En el azul sereno se guarecen,
Míranse con recelo
Y con secreto espanto se estremecen,
Cuando el hombre, serpiente ponzoñosa
Hija del mal y las tinieblas, osa
Clavar audaz mirada
En tu alma pura, de la luz esposa.
En la sombra te sientes halagada
Por invisible mano;
Y al ver tu pié descalzo, imprime ufano
En él un ángel perfumado beso.
Por eso tan feliz, tan inocente
Es tu risa, y por eso
Brilla tan pura tu serena frente.

LA GALLINA CIEGA

(De Goethe)

Teresa, cuán malignos
¡Ay Dios! relampaguean
Tus ojos, cuando de ellos
Cae la ceñida venda!
Mas, ¿cómo presa hiciste
A la primera vuelta,
Y he sido justamente
Yo el víctima, Teresa?

Tu mano inexorable
Asióme con tal fuerza,
Que hallé en tus dulces brazos
La cárcel más estrecha.
Mas abres tú los ojos
E indiferentes sueltas
¡Disipando el encanto!
A la gallina ciega.

Tropezando y cayendo,
A diestra y á siniestra
Corro y las carcajadas
Por todas partes suenan;
Y así, si no me quieres,
Marcharé siempre á ciegas,
Y nunca de mis ojos
Podré arrancar la venda.

LOS TRES SUEÑOS

(De Heine)

Lloraba en sueños: con secreto espanto
Soñé que estabas muerta, vida mía.
Desperté, y aún el llanto
Por mi rostro corría.

Lloraba en sueños: con mortal despecho
Soñé que me dejabas inclemente.
Desperté, y largo trecho
Lloré insensatamente.

Lloraba en sueños: con anhelo suave
Soñé, mi dulce amor, que aún eras mía.
Desperté, y—Dios lo sabe—
¡Hoy lloro todavía!

A PEPA

(De A. Musset)

De noche, cuando en la muda
Alcoba te dice adiós
Tu madre, y medio desnuda
Te inclinas, Pepa, sin duda
Para encomendarte á Dios;

En esas horas benditas
Que el infeliz busca y ama,
Cuando, sin duelos ni cuitas,
La papalina te quitas
Y miras bajo la cama;

Cuando el sueño halagador
Derrama sus sombras densas,
Y todo duerme alrededor,
Dime, Pepita, ¿en qué piensas?
Dime, ¿en qué piensas, mi amor?

En la sublime heroína
De un drama, probablemente;
En esa magia divina
Que la esperanza imagina,
Y la experiencia desmiente.

Acaso en un relamido
Galán, atento y rendido;
Quizá en pueriles visiones
De juguetes y bombones;
¡Tal vez en un buen marido!

¿En qué piensas, niña? Dí.
¿En tu ilusión adorada?
¿En el traje que hoy te ví?
¡Ay! quizás piensas en mí;
Quizás no piensas en nada.

ELEGÍA

(De Lamartine)

Deshojemos las rosas
De la vida en los plácidos albores;
Las primaveras huyen presurosas;
Respira al menos sus fragantes flores.
Los del tierno placer dulces favores
Gocemos sin desvío:
¡Amémonos, amémonos, bien mío!
Si, haciendo el mar de su furor alarde,
Hundirse el pescador vé su barquilla,
Los ojos á la orilla
Vuelve; mas ¡ay! ¡es tarde!
Quisiera entonces, bajo el dulce techo
Que aflige su memoria,
Los tiernos hijos estrechando al pecho,
Pasar la vida sin afán ni gloria;
Quisiera, sí, quisiera
No haber dejado nunca la ribera.

Así el mortal de encanecida frente
Mira al pasado, y llama
Con triste voz á la que llora ausente
Risueña juventud. «Tornadme, exclama,
Las que perdí, horas bellas;
¿Por qué, loco, no quise gozar de ellas?»
Así dice con pálidas angustias;
Pero la muerte le responde impía,
Y ni aún puede cojer su mano fría,
Deshojadas y mustias,
Flores que frescas despreciara un día.

Amémonos, amémonos, bien mío,
Olvidados del mundo y sus locuras.
Tras huera glorias y engañosos nombres
Corren con anhelante desvarío,
Desdeñando, los hombres,
Positivas venturas.
Dejemos su esperanza engañadora
A la loca ilusión, que marcha á obscuras;
Y nosotros, inciertos de la hora,
Apuremos la copa de la vida
Mientras en nuestra mano hierve henchida.

Ya nos brinde el laurel noble corona,
Y ufana esculpa la triunfal Belona
El nombre nuestro en sus eternos bronces:
Ya nuestra frente humilde, que amor sella,
Ciña con tiernas flores mano bella,

Hemos de zozobrar. ¿Qué importa entonces,
Si el mismo escollo nuestra nave estrella,
En poderoso buque haber hendido
El mar embravecido,
O en ligera barquilla
Haber surcado tímidos la orilla?

LA GADITANA (1)

(De Byron)

No me habléis del frío Norte,
No me habléis de inglesas damas;
No habéis visto, no habéis visto
A la gentil gaditana.
No es cerulea su pupila,
Ni son sus crenchas doradas;
Mas sus negros ojos vencen
Oro y azul, rosa y nácar.

(1) Este elogio de las gaditanas lo escribió lord Byron sobre el terreno, y lo incluyó en el primer canto de su *Childe Harold's Pilgrimage*. Después substituyó esta composición por las preciosas estancias á *Inés*, que son las que se leen ahora en aquel lugar del poema. Aunque no son de lo más inspirado del gran poeta inglés, he traducido los versos de *la Gaditana*, porque creo ha de agradar á las lectoras españolas este homenaje de aquel admirador de la belleza, y les servirá de desagravio á alguna indicación ofensiva que hace, en el mismo canto del *Childe Harold*, sobre la desenvoltura de las andaluzas. La poesía á *Inés*, que ha substituído á *la Gaditana*, la encontrará el lector más adelante. (N. del T.)

Como el audaz Prometeo,
Robó á los cielos la llama
Que en oscuros lampos arde
Tras sus sedosas pestañas;
Y al caer sus sueltos bucles
En negrísima cascada,
Se ensortijan y se enroscan
Para acariciar su espalda.

Tardo es el *sí* de la inglesa
Y entre sus labios desmaya;
Su rostro hechiza los ojos,
Mas la pasión no lo inflama.
Hija de un sol más ardiente,
Y del amor fiel esclava,
Cual ninguna, os embelesa
La graciosa gaditana.

No és traidora ni mudable,
Ni atormenta á aquel que la ama;
Ame, aborrezca ó desdeñe,
Bien sus ojos lo declaran.
Poco, para conseguirla,
Valen el oro y la plata;
Nadie la iguala en ternura,
Nadie en firmeza la iguala.

Si la doncella española
Os dá el corazón y el alma,

No temáis que os la arribaten
Traición, peligro ó desgracia.
Cuando huestes enemigas
Se aproximan, no la espantan:
Y esgrime, si cae su amante,
El hierro de la venganza.

—
Cuando, al ocaso, el bolero
Con donoso ademán baila,
O fabulosos romances
Dice al són de la guitarra,
Cuando, al rayo de la luna,
Cuentas del rosario pasa,
O al sonar las oraciones
El santo coro acompaña;

—
Sin rendirle el albedrío,
Nadie puede contemplarla;
Y ella á la pasión ardiente
Corresponde enamorada.
Luengas tierras he corrido:
Hermosuras ví afamadas:
¡Ninguna cual la trigueña
Y ojinegra gaditana!

EL DEDO DE LA MUJER

(De Victor Hugo)

Cuando el Señor, con mente poderosa,
Hubo formado el universo todo,
Quiso una alhaja modelar preciosa
Con lo más puro del terrestre lodo.

Con tierno amor el dedo soberano
Hizo de la mujer, su obra maestra;
Dedo que hiere el corazón humano
Y el alto cielo muestra.

Y puso en él, por que luciese bello
A los ojos del hombre, que lo adora,
El más brillante y plácido destello
De la naciente sonrosada aurora.

Y de la sombra el velo pudoroso,
Y de la cuna el movimiento suave,

Y algo también del astro esplendoroso,
Y algo también del ave.

Parte le dió de su poder eterno,
Para que fuera bienhechor conjuro:
Hízolo fuerte porque fuese tierno,
Hízolo blanco porque fuese puro.

Hízolo cariñoso y halagüeño
Para que el hombre, en el mundano abismo,
Viera en él, aunque un poco más pequeño,
El dedo de Dios mismo.²

Y aquel dedo gentil, de nieve y rosa,
A Eva lo dió para adornar la mano
Que cual un sueño deleitable posa
Sobre la frente del linaje humano;

Aquella mano, que con fe constante
Al hombre guía en su falaz camino,
Y temblorosa guarda y vigilante
La antorcha del destino.

¡Angel feliz de ruborosa frente!
¡Mujer! Para tu gloria y tu ventura
No te basta la gracia sonriente,
No te basta la espléndida hermosura.

Tienes que amar, cual ama cuanto es bello,

La flor, el astro, el aura y la paloma;
La beldad, es efímero destello,
La gracia, leve aroma!

—
Dios, que te puso, cual deidad propicia,
En la morada del mortal siniestra,
Hizo para el amante la caricia,
Y para la caricia hizo tu diestra.

—
Cuando vió terminado el dije hermoso,
«¡Contemplad la más bella de mis obras!»
A los ángeles dijo, y al reposo
Se entregó sin zozobras.

—
Mas despertó el demonio, iluminado
Por maligno placer el rostro obtuso,
Y al extremo del dedo sonrosado
Uña afilada puso.

JURAMENTOS Y BESOS

(De Helne)

¿Por qué jurar y ofrecer?
Bésame con frenesí,
Pues nunca, hermosa, creí
En palabras de mujer.
Si tu voz me dá placer,
Más dulce tu beso siento:
Que eres mía experimento,
Y así mi ventura labras;
Que lo demás son palabras,
Palabras que lleva el viento.

Pero, nó, promete y jura!
Una palabra, mi vida,
De tu boca bendecida
Toda mi dicha asegura.
Gozo yo tanta ventura
Cuando extasiado me ves
En tus brazos ó á tus piés,

Amorosos—4

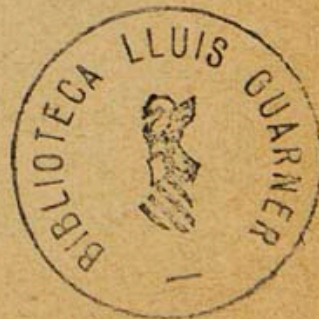
Que imagino, á no dudar,
Que por siempre me has de amar,
Y aún has de amarme después.

LA VISITA

(De Goethe)

Busco á mi amada, y—¡contratiempo grave!—
Cerrada está la puerta;
Mas, ¿para qué me dió secreta llave?
Probaré: ya está abierta.
No está la hermosa en la modesta sala,
No está la hermosa en su interior retiro,
Audaz hasta la alcoba el pié resbala,
Y allí, acostada en el sofá, la miro.
Calzada está y vestida;
Trabajando quizás quedó dormida....
Las agujas sus manos y el bordado
Guardan aún, para empezar de nuevo:
Asiéntome á su lado,
Y á despertarla voy, y no me atrevo.

¡Qué plácida dulzura
En su caído párpado y su frente!
¡Qué cariño y ternura



En su risueño labio floreciente!
La gracia en sus mejillas hizo nido,
Y á su pecho inocente
Dá el tierno corazón blando latido.
Como en celeste bálsamo bañado,
Todo su cuerpo seductor reposa
En actitud graciosa.
Absorto, embebecido, enamorado,
Cuanto más te contemplo, dulce dueño,
Más me resisto á contrariar tu sueño.

El sueño en su abandono y su descuido
Siempre la falta reveló ignorada
O el defecto escondido;
Mas contra tí, mi bien, no puede nada.
Entornados están tus claros ojos,
Que desvanecen todos mis enojos;
Cerrado está tu labio al embeleso
Del dulce mimo y el ansiado beso;
Flojos penden é inmóviles tus brazos,
Que me encadenan con gustosos lazos,
E inútil yace tu amorosa diestra
En caricias maestra.
Si mi encanto ilusión engañadora,
Hija de vano error, hubiera sido,
¿No lo vería disiparse ahora,
Que ya la venda desató Cupido?

Dos naranjas doradas y una rosa

Dejo en su mesa, y lento me retiro
Con planta silenciosa.
Fíjome ya que despertar la miro
Y que á explicar no acierta
Cómo entrar pudo el dón de los amores,
Cerrada estando la segura puerta.
Esta noche, mi bien, cumplidamente,
Con doblados favores
Pagarás mi visita y mi presente.

EL SECRETO

(De Schiller)

Nada pudiste decirme:
¡Eran tantos los testigos!
Pero pregunté á tus ojos,
Habláronme y comprendílos.
Vuestro dulce albergue busco,
Arboles bellos y amigos,
Porque en él ocultar quiero
Lo que callando me dijo.

Del cotidiano trabajo
Escucho el fragor continuo;
Oigo voces, oigo pasos,
Oigo el golpe del martillo.
Con afán el hombre cumple
La ley dura del destino;
Mas del seno de los dioses
Cae el goce sin sentirlo.

Lo que vale un amor tierno
Nunca el vulgo ha comprendido;
Y la ventura, que ignora,
Turban sus voces y gritos.
El placer huye, y tenemos
Que atisbarlo y perseguirlo
Y cogerlo y apurarlo
En el momento propicio.

Llega con ligera planta,
Ama el nocturno sigilo,
Y huyendo vá de la envidia
Y de su mirar oblicuo.
¡Oh corriente bulliciosa!
Cíñenos en corvos giros,
Y las ondas encrespando,
Guarda este plácido asilo.

ENSUEÑO

(De Helne)

Todas las noches, en feliz ensueño,
Hermosa y melancólica te miro;
Y me sonríes, y con loco empeño
Me prosterno á tus pies, lloro y suspiro.

Tú me contemplas con dolor y encanto,
Doblas después la cabecita rubia;
Y las preciosas perlas de tu llanto
Vierten tus ojos en copiosa lluvia.

Y me das de ciprés rama siniestra,
Y una palabra dicesme al oído;
Y despierto azorado, y en la diestra
Falta la rama y la palabra olvido,

CANTO DE AMOR

(De Lamartine)

Si emular tú pudieras, pobre lira,
Del aura los gemidos tembladores,
O los que dulces el raudal suspira
Besos entre las flores;
Si te diera sus quejas inocentes
El pichón que acaricia á la paloma,
Al borde de las fuentes;
Si cual caña, que anima
Soplo divino, hablastes el idioma
Que en la región do el alma se sublima,
Sin palabra, ni voz, ni acento vano,
El ángel habla al querubín, su hermano;
Si tu armonioso acento
Meciese al alma en blando movimiento,
Cual brisa del Oriente
Mecese en la roja luz de la alborada
La nube transparente;
Mientras duerme mi amada

Arrullaría su tranquilo sueño
Con cántico halagüeño,
Tan dulce como el éxtasis profundo
Que bebo en su mirada placentera,
Como lejana voz que de otro mundo
Un venturoso ensueño me trajera.

«Abre los ojos, á mi anhelo píos,
Tímido le digera, y en sus lumbres
Mi suerte lean y tu amor los míos.
Más dulce es su destello al alma mía
Que la aurora, asomando tras las cumbres,
A quien espera el día.»

Sobre su pura frente, perezoso,
Su diestro brazo inclina;
Bajo su cuello el otro se doblega
Con gracia peregrina:
Cuando la blanca tórtola se entrega
En su nido feliz al sueño leve,
Dobla así el albo cuello
Y esconde el pico bello
Bajo el ala de nieve.
De su pecho los trémulos latidos
Unense á los gemidos
Del mar, en la ribera suspirando:
Y de sus negros párpados la gasa,
Imita dulce sueño que volando
Sobre sus ojos pasa.

¡Angel de amor! ¡cuán plácido y sereno
Es tu sueño feliz, que absorto admiro!
¡Cuán dulce mueve el interior suspiro
Los palpitantes globos de tu seno!
Así dos olas, que brillantes hieren
Los rayos de la luna,
Juntas van á la orilla y juntas mueren
En dormida laguna.

No será loco agravio
Robar el néctar de tan dulce labio...
Deja que... ¿Te despiertas? Tus pupilas
Llena la pura luz del firmamento,
¡Y tú, tú no vacilas!
Tus ojos, sin desvíos,
Ven la luz y al momento
Fíjanse amantes en las ojos míos!
¡Mi amor! mi dulce amor, ¡cuán intranquilas
Se buscan, se penetran, se confunden
La mía y tu mirada,
Y en nuestra mente el resplandor difunden,
Única luz del alma enamorada!
Mírame así, bien mío,
Hasta que empañe tus serenos ojos
Lágrima celestial, como el que llora
Benéfico rocío
La luz enturbia de la blanca aurora.

Habla; ¡llene tu voz el alma mía!

Música es en tus labios la palabra.
Tiembra mi corazón, cuando mi oído
Halaga su armonía,
Como vacila el templo estremecido
A la voz de su Dios. Mi dicha labra
Tu cariñoso acento;
En tus ojos sorprendo el pensamiento,
Y adivino el sentido
De tu palabra, aunque en el labio muera,
Como comprende el césped el gemido
De la ola en la ribera.
Un suspiro, una queja temblorosa,
Esas sonrisas que al nacer fenecen
En tu labio de rosa,
Mi espíritu estremecen:
Así en las tensas cuerdas de la lira
Hasta el soplo del aura vagarosa
Dulcemente suspira.

—
¿Por qué les roban tus flotantes rizos
De tu rostro á mis ojos los hechizos?
Permíteme apartar los bucles de oro
Que ocultan mi tesoro.
¡De pudoroso fuego roja tinta
Tu semblante colora...!
¿Te avergüenza el ser bella, dulce encanto?
Del sol al rayo, de carmín se pinta,
Cual tú, la blanca aurora.
¡Instinto misterioso! ¡Rubor santo!

Siempre amó la hermosura
La casta sombra y sus propicios velos:
¡No creó Dios para la tierra impura
A la Belleza, esa hija de los cielos!

—
Tus ojos son cual fuentes bullidoras
Do retratado el cielo hermoso brilla,
Si las brisas sonoras
Los árboles cimbrean de la orilla;
En su límpido espejo
El pensamiento, de sus lumbres suaves
Lanza puro reflejo,
Como las aguas hienden
Leves las sombras de las sueltas aves
Que en el límpido azul el vuelo tienden.
Tu tersa frente que ora
Muestra, ora encubre jugueteón el velo,
Es matutino cielo
Que esclarece la aurora;
Tu boca, donde bulle la sonrisa,
Es cual onda serena
Que se retira al soplo de la brisa,
Mostrando complaciente
Las nacaradas perlas del Oriente.
Cual canastillos son de frescas rosas
Tus manos cariñosas.
Parece que tu planta el césped borde,
Y la gracia, esa dulce melodía,
Cual de cítara blanda al són acorde,

Tus movimientos guía.

¿Por qué mi pecho tu pupila inflama?
¿Por qué mi razón turba tu suspiro?
Cubre tus ojos, de virgínea llama,
¡Ay! cúbrelos, ó espiro.
Dame la mano, que á mi diestra llama;
Levántate, y mi brazo
Ceñirá tierno tu flexible talle,
Y ambos unidos en amante abrazo,
Cruzaremos el valle.

A la orilla de lago transparente
Una umbrosa colina,
La coronada frente
Por ver su imagen en el agua, inclina.
El sol, mientras los cielos ilumina,
La dora con su rayo,
Y sus ramas flotantes
Hacen temblar en lánguido desmayo
Las brisas inconstantes.
La voluptuosa vid con blando nudo
El tronco de los árboles desnudo
Abraza, y en sus ramos se columpia;
Se desliza rastro del collado
Por la pendiente falda,
Y en lasciva guirnalda
Corre torcida por el ancho prado.

Bajo un peñasco, en la cortada loma,
Abre allí negras fauces antro obscuro,
Do gime la paloma:
La vid inculta y las silvestres yedras
De la bóveda y muro
Visten las toscas piedras,
Y de la luz del cielo rayo puro
La ilumina con vagos resplandores.
Conservan largos días
Frescos allí perfumes y colores
Las violetas, que aman las umbrías;
Y en la sonora bóveda una fuente
Verterá gota á gota en nuestra frente
Lágrimas y armonías.

Allí solo verías
Entre los verdes velos
Las aguas y los cielos,
Y de la nave, que veloz resbala,
El blanco y terso lino,
Que vuela palpitando como el ala
Del pájaro marino.
Solo escucharas la ola pasajera
Cual beso prolongado
Gemir en la ribera,
El murmurio fugaz del viento alado,
El canto de la alondra que el ligero
Vuele levanta audaz en raudos giros,
Y el eco de las rocas plañidero,

Cuyo suspiro se une á tus suspiros.

Busquemos esa sombra, vida mía,
Hasta que á los postreros resplandores
Del moribundo día
Tristes cierren sus cálices las flores.
¡Allí tu cielo está, divina estrella!
El negro velo sin temor levanta
Y disipe las sombras
La clara luz que tu mirar destella.
Habla, gime, suspira, sueña, canta;
Mas que vague, á lo menos, sin enojos
Sobre mi frente un rayo de tus ojos.

De las flores del prado
El musgo sembraré donde reposas,
Y á tus pies reclinado
Deshojaré las rosas.
¡Feliz el suelo que tu planta huella!
¡Felices esos tallos tembladores
Que jugando tronchó tu mano bella!
¡Felices esas flores
Que libar han podido
El néctar en tus labios escondido!

Si el agua arrastra el cáliz marchitado
Del roto lirio, que á su curso entregas;
Si el viento hace que pasen á mi lado
Las hojas de los tallos con que juegas;
Si con celeste hechizo

Sobre el mío inclinado tu semblante,
Roza mis labios desprendido un rizo,
Si tu suspiro escucho gemir lento,
En mi sien palpitante
Batir las alas de la muerte siento.

—
¿Recuerdas, ángel mío, el dulce instante
En que Dios te ofreció á mi estéril vida,
Como al ya fatigado caminante
La sombra apetecida?
¡Mi existencia, á la tuya encadenada,
Desde entonces brilló siempre serena,
Cual eterna alborada!
¡Desde entonces mi vida es copa llena
Por el sediento labio no agotada!

—
Marchitarán un día, ¡triste día!
Los rigores del tiempo en tu semblante
Los rosados matices;
Y apagará la edad con mano fría
Esos rápidos besos que tus labios
Bríndanme en las de amor horas felices.
Mas cuando turbio empañe tu radiante
Pupila el tenaz llanto, y los agravios
Del tiempo en vano llores;
Cuando busques en vano en la ola pura
Que en la orilla fenece,
Tu beldad, que hoy admiran los amores,
Mira en mi corazón: en él florece

Amorosas—5

Eterna tu hermosura;
En él tu imagen, que feliz contemplo,
Fiel guardaré, cual mi mejor tesoro,
Cual de lámpara de oro
Guardan fieles la luz nunca extinguida
Las vírgenes del templo.

—
Y cuando llegue, de otro amor seguida,
La muerte, y mate con su aliento frío
La antorcha de tu vida y de mi vida,
Si á mis votos contraria no se muestra,
Extenderá cabe á tu lecho el mío,
Y al espirar estrecharé tu diestra.
Si lograra su anhelo,
Mi alma entusiasta, que tu amor sublima,
Huyera, con tu espíritu, la tierra,
Cual tienden juntos en otoño el vuelo
Los que igual nido encierra,
Cisnes amantes, y en lejano clima
Buscan la primavera de otro cielo!

SALVAMENTO

(De Goethe)

Me fué infiel el dueño mío,
Y en insensato extravió
Buscando solo mi mal,
Dí en las márgenes de un río
De caudaloso raudal.

Extático contemplaba
La corriente, y tremebundo
Rodaba á mis pies el mundo;
El vértigo me arrastraba
Hacia el abismo profundo.

En esto, voz de mujer
Llega del alma hasta el fondo
Haciéndome estremecer,
Y grita: «Vais á caer:
¡Cuidado! que el río es hondo!»

Aquella voz me enagena;
Los ojos vuelvo, y fascina
Mi vista hermosa sirena.
«¿Quién eres?—Soy Catalina.
—Catalina, eres muy buena.»

—
«Sabré cumplir mis deberes;
De mi esclava voluntad
Absoluto señor eres:
Me has dado la vida; ¿quieres
Darme la felicidad?»

—
Habló el corazón opreso,
Y mis penas le conté;
Con recíproco embeleso
Dile y devolvióme un beso,
Y en morir ya no pensé.

DICHA Y LLANTO

(De Heine)

Cuando miro tus ojos sin agravios,
Mi loco afán se calma;
Cuando en tus labios pósanse mis labios,
Curada siento el alma.

Cuando en tu seno aduérmense felices
Mis sienes, miro el cielo;
Cuando «yo te amo» extática me dices,
Rompo á llorar con insensato anhelo.

DESPUES DEL INVIERNO.

(De Victor Hugo)

¡Mira; todo renace, amada mía!
Brillantes resplandores
Alumbran ya la atmósfera sombría:
Cuando llena la tierra está de flores,
Los hombres son mejores.

Ven: dos chispas del mismo fuego eterno
La flor en la pradera
Y el astro encienden en la azul esfera;
Ven, ven: huyó el invierno,
Esa triste y obscura primavera,
Que del pecho á los ojos subir hace
Savia amargura que en llanto se deshace.

¡No más lágrimas! ¿Quieres, vida mía,
Que nos amemos en la selva umbría?

Los árboles inclinan

Sus ramas, que engalanan frescas flores,
Para abrigar los pájaros, que trinan
Sus cánticos de amores.
Parece que despunten los albores
De aquel dichoso día
Que vió nacer nuestra pasión constante,
Y que Mayo sonría
Como en el cielo, en nuestro pecho amante.

—
Todo lo llenan músicas sonoras:
De día las abejas zumbadoras
Cantan en torno de las flores bellas,
Y cantan luminosas las estrellas
En las nocturnas horas.

—
¿No oyes las dulces voces que nos llaman
Y nos dicen en árboles y nidos:
«¡Felices los que aman!
Por la diestra de Dios son bendecidos?»

—
¡Ay! ¡embriaga el ambiente!
En torno de mi cuello tú reposas
Los vencedores brazos dulcemente:
¡Oh, Dios! ¡en los rosales cuántas rosas!
¡Cuánto suspiro en nuestro pecho ardiente!
¡Eres más bella tú que las auroras!
Tus ojos y tus labios de rubíes
Sus lágrimas les roban cuando lloras,
Y les roban sus perlas cuando ríes.

Nos ama la feraz naturaleza,
De Eva y de Adán hermana;
Y mece nuestro amor, y su belleza
Mezcla con él ufana.
En plácido embeleso
El cielo, contemplándote, te adora;
Y nos devuelve nuestro dulce beso
La sombra protectora.
De los enamorados elementos
Los supremos esluvios aspiramos;
Y somos dos aromas, dos acentos,
Dos ráfagas de luz que nos buscamos.

Y sin que entibie su feliz ternura
Nuestra pasión constante,
Yo amo á la estrella pura,
Y el sol, el sol espléndido, es tu amante.
Y nuestra fiebre ardiente
Siente la flor que nuestro labio toca,
Y á la vez nuestra boca
Los besos de la luz percibe y siente.

LA MUJER.

(De A. Musset.)

Invencible es tu poder,
¡Tirano del hombre eterno!
Con tu sonrisa, oh mujer,
Lo arrojas á tu placer
A los cielos ó al infierno.

Tú con una burladora
Palabra ó risa traidora,
Tú con un gesto mohino
Clavas puñal asesino
En el pecho que te adora.

Puedes gozarte altanera,
Pues se dobla á tí doquiera
Nuestra flaca voluntad;
Nada tu poder supera
Más que tu fragilidad.

Pero pronto su fin halla
Todo poder que la valla
Salta audaz y abusa así;
El hombre que sufre y calla
Huye, llorando, de tí.

—
Es bien triste y lastimero
El destino que le plugo;
Pero al tuyo lo prefiero:
Mejor sus tormentos quiero
Que tu papel de verdugo.

SU RETRATO.

(De Heine)

Yo contemplaba su retrato en sueños,
Su imagen bendecida,
Y ví brillar de súbito, halagüeños,
Los signos de la vida.

Dulce sonrisa de indecible encanto
Abrió sus labios rojos;
Gota feliz de cariñoso llanto
Humedeció sus ojos.

Y corría también por mi semblante
El lloro enternecido,
Y «¡No puedo, exclama delirante,
Creer que la he perdido!»

RECUERDOS.

(De Byron)

No me recuerdes, nó, las dulces horas
Aunque pasadas ¡ay! siempre queridas,
Cuando en celestes dichas voladoras
Se enlazaron por siempre nuestras vidas.
Ese recuerdo retará al olvido,
Hasta que en doble tumba,
Por la implacable muerte al fin vencido,
Nuestro anhelar sucumba.

Ni yo puedo olvidar, ni tú tampoco,
Aquellos días, cuando en blando juego,
Tus rubios rizados destrenzaba loco,
Y tu pecho latía, y poco á poco
Prendía en él mi fuego.
Aún en aquellos éxtasis te admiro:
Tu sereno mirar languidecía;
Tu seno hinchaba desigual suspiro,
Y tu labio, callando, amor decía,

En mi pecho tu frente reclinada,
Centellaban al fin tus dulces ojos,
Luchando en tu mirada
Las caricias y enojos,
Hasta que tierna perdonando agravios,
Tu voluntad, doblada al dulce peso,
Cedía á mi embeleso,
Y ardiendo se buscaban nuestros labios,
Cual si espirar quisieran en un beso.

Entonces ¡ay! extática y tranquila,
Entornabas el párpado divino,
Velando el globo azul de la pupila,
Y la pestaña obscura
Parecía en tu rostro alabastrino
Pluma de cuervo sobre nieve pura.

Aún soñé anoche, idolatrado dueño,
Que nuestro amor antiguo renacía,
Y fué de aquel ensueño
Más grata la ilusión al alma mía,
Que si gozase, al resplandor del día,
Positivo favor de otra hermosura.
A los ojos más bellos
Que anima la pasión con sus destellos
Vence, áun soñada, tu pupila pura.

No me recuerdes, nó, las dulces horas
Que aunque pasadas ¡ay! la fantasía

Renueva encantadoras;
No me recuerdes, nó, tan dulces horas,
Hasta que envueltos en eterno olvido
Nuncie la losa fría
Que nuestro doble sér yace extinguido.

SU SILENCIO.

(De Víctor Hugo.)

Su silencio fué la treta
Do cayó mi alma indiscreta.
Al principio el corazón
Sólo sentía una inquieta
Y agridulce desazón.

Juntos al campo en carruaje
Ibamos todos los días;
Yo le hablaba, y el follaje
Contestaba á mi lenguaje
Con suspiros y armonías.

Ella con plácido anhelo
Clavaba en mí sus pupilas,
Donde sin mancha ni velo
Pintábanse las tranquilas
Profundidades del cielo.

Y en el fondo reclinada
Del coche, iba satisfecha
Sin decirme nunca nada.
De pronto sentí una flecha
En el alma atravesada.

—
Ese que llaman Amor
Es un *no sé qué* traidor:
Y una mujer que hábil calla,
Es el antro donde se halla
Emboscado el flechador.

LA CITA.

(De Schiller)

¿Escuché abrir la oculta puertecilla?
¿Crugieron los cerrojos y los goznes?
Es el soplo del viento que murmura
Al pasar por los árboles del bosque.

Luce tú, verde follaje,
Luce tus galas mejores;
Y á la gracia y á la hermosura
Recibe cual corresponde.
Formad vosotras, oh ramas,
Formad doseles de flores,
Y guardadla en el silencio
Misterioso de la noche.
Despertad y acariciadla,
Céfiro murmuradores,
Pues aquí, do amor la espera,
Ya con pié ligero corre.

Amorosas—6

¡Silencio! ¿Qué rumor en la espesura
De los cercanos bosquecillos se oye?
Es ave acaso que voló asustada
Del verde arbusto, que su nido esconde.

—
Antorcha hermosa del día,
Apaga tus resplandores;
Y ven tú, noche callada,
Con tus misteriosos goces.
Sobre estas dulces campiñas,
Tiende, tiende tus crespones.
Huyen curiosos oídos
Los apacibles Amores,
Huyen la luz importuna,
Y en el pálido horizonte
A la estrella del ocaso
Para confidente escojen.

—
¡Oh! ¿qué murmurio percibí lejano,
Como apagado són de humanas voces?
Es el cisne que en círculos brillantes
Las puras linfas del estanque rompe.

—
Canta el manantial sonoro,
Cantan las brisas veloces;
Y al soplo que la acaricia
La flor dobla el tallo dócil.
Siente la Naturaleza
Deleites embriagadores.

Rojas pomas y racimos,
Anudando lazos dobles,
Sazonan la vid y el árbol;
Y refrescan juguetones
Alientos embalsamados
Mis labios abrasadores.

—
¿No escuché tras los negros matorrales
De pié ligero el fugitivo roce?
Fruto es quizás que por su propio peso
De la materna rama desprendióse.

—
Ya palidecen del día
Rayos, luces y arreboles;
Y al resplandor del crepúsculo
Se abren las nocturnas flores.
Su argentada luz derrama
La luna; selvas y montes,
Confundiendo sus contornos,
Dibujan masas informes.
Toda natural belleza
Desata los ceñidores,
Y contemplo sus hechizos,
Sin velos que me los roben.

—
¿No es el fulgor de blanca vestidura
Lo que brilló en la sombra de la noche?
Son las columnas cuyo limpio mármol
Destaca en la pared sus resplandores.

¡Corazón mío impaciente!
No te entregues ni abandones
A la ilusión halagüeña
De sueños engañosos.
Aire estrecho, si los brazos
Tiendo con dulce transporte,
Y la visión se disipa
Y desmaya el alma entonces.
Venga, al fin, mi dulce dueño,
La orla de su velo toque,
Y despertaréme al cabo
De mis locas ilusiones.

—
Llega la dicha súbita y risueña,
Desprendida del seno de los dioses.
Vino mi dulce amada sin ser vista
Y con su tierno beso despertóme.

¡NO ME AMES!

(De H. J. J. J.)

Niña, por tu salvación
Pido al ángel de tu guarda
Que tu puro corazón
En la insensata pasión
Que abrasa el mío, no arda.

Y de tan cumplido modo
Acoge Dios mi querella,
Que á tanto no me acomodo,
Y á veces exclamo: ¡si ella
Me amase, á pesar de todo!

EN LA AUSENCIA

(De Goethe)

¿Y es cierto, amada mía? ¿Te he perdido?
¡Me dejaste, burlando mi lamento!
Aún vibran palpitantes en mi oído
Cada palabra tuya, cada acento.

Cual se detiene el pasajero errante,
Y á la alondra invisible busca en vano,
Cuando del cielo en la región distante
Ella saluda al astro soberano,

Mi vista así, buscándote, devora
Valle y montaña y arboleda umbría;
¿Mi voz no escuchas, que tu vuelta implora?
¡Torna, torna por Dios, amada mía!

UNA TARDE QUE MIRABA AL CIELO

(De Víctor Hugo)

Una tarde miraba al cielo, y ella
Cariñosa y amante me decía:
«¿Por qué con tanto anhelo
Miras la última luz que vierte el día,
Y la naciente estrella
Que asoma allá en el cielo,
Y la noche que extiende ya su velo?
¿Qué buscas, dime, en la extensión vacía?
Baja los ojos; ¡mira al alma mía!

»En la luz y las sombras indecisas
Que contemplas con dulces embelesos,
¿Verás algo mejor que mis sonrisas?
¿Verás algo mejor que nuestros besos?
¡Oh! de mi corazón enamorado
Levanta el velo, osado;
¡Si supieras cuán bellas
Resplandecen en él miles de estrellas!

»Todo en el alma amante
Brilla puro, sereno, esclarecido:
El cariño constante
Ilumina el obstáculo vencido
Más puro que la estrella de la tarde
Cuando en la cumbre de los montes arde.
¿Qué vale el cielo en calma?
¡Es cielo más celeste el de mi alma!

»¡Bellos del astro son los resplandores!
¡Bella es el alba, bellas son las flores!
Pero nada es tan bello
Cual la magia feliz de los amores!
El más vivo destello
Es el rayo celeste de luz pura
Que un alma á otra fulgura.

»Más vale amor tranquilo
De fresca gruta en el seguro asilo,
Que esos astros de pálidos reflejos
Que el sabio no conoce y les dá nombre.
Dios, que comprende al hombre,
Allá lejos, muy lejos,
Los cielos y los soles ha lanzado,
Y ha puesto la mujer á vuestro lado.

»¡Amemos! Dios lo quiere. Deja, deja
Tu cielo, que luz pálida refleja,
En mis ojos amantes

Encontrarás destellos más brillantes.
Ven: amar es nacer á nueva vida;
Comprender, percibir, ver lo invisible:
Siempre hallarás unida
El alma grande al corazón sensible.

»¿No escuchas, alma mía,
En el dulce trasporte que te encanta,
Sonora melodía?
El mundo es una lira, y conmovido
Nuestros amores canta.
¡Amémonos! El musgo humedecido
Huellen errantes nuestros piés. Los cielos
Ya no contemples más, que tengo celos!»

En voz baja mi amada así decía
Mirándome extasiada;
Con la dulce armonía
Que tanto á mi alma agrada,
En voz baja decía así mi amada.
Latía nuestro pecho,
Suspiros exhalando abrasadores:
Ya se entreabrían las nocturnas flores...
Arboles, rocas, auras, ¿qué habéis hecho
De suspiros y besos y alegrías?
¡Cuánto la suerte del mortal es dura!
¿Por qué un día feliz tan poco dura
Como los otros días?

¡Oh tiempos! ¡Oh memorias!
¡Horizonte sombrío del pasado!
¡Irradiación de las antiguas glorias!
¡Luz de un astro eclipsado!
Cual del umbral de un templo,
Llorando, de rodillas, os contemplo.

—
Cuando la noche oscura
Al día sigue de feliz bonanza,
Es en vano correr tras la ventura;
Cuando no hay ni una gota de esperanza
En el vacío cáliz infecundo,
Lancémoslo al profundo.
¡Olvido! ¡Dulce olvido!
¡Tumba eterna eres tú del bien perdido!

CONSUELO.

(De Heine)

No me quieres, no me quieres;
Y me resigno á esa ley;
Miro cuán hermosa eres,
Y soy más feliz que un rey.

Me odias: sin hacerme agravio,
Tu labio lo dijo, sí.
Déjame besar tu labio;
Podré consolarme así.

A EL***

(De Lamartine)

Cuando, sólo, tus manos en las mías,
Pensativa te miro y silenciosa,
Y en blandas alegrías
Mi corazón reposa;
Cuando á tu lado vuelan dulcemente
Las largas horas, sin que yo las cuente;
Cuando, temblando de placer, te guío
Por el bosque sombrío;
Cuando en mi oído tímidos resuenan
Tus suspiros de amor, que me enagenan:
Y amor jura también el labio mío;
O cuando, más feliz, tu sien hermosa
En mi rodilla apoyas descuidada,
Y mi ardiente mirada
En tu pupila se hunde codiciosa,
Como abeja en el cáliz de la rosa;
Siento ¡ay de mí! cual pérfida saeta,
En mis entrañas inquietud secreta,

Y en medio del placer, que dulce adoro,
Brotó en mi frente pálido el espanto;
Y en tu regazo lloro,
Y el corazón se asombra de ese llanto.
Lo ves, y quieres comprender mis penas:
En tus brazos ansiosa me encadenas,
Anhelante preguntásme, y advierto
En tu pupila azul lágrima pura,
Que se une al fin á las que amargas vierto.
«¿Qué te aflige? me dices con ternura:
Derrama en mí, bien mío, tu amargura,
Y de tu corazón en la honda herida
Bálsamo el mío verterá de vida.»

—
Cesa, cesa en tus ruegos, dulce amada;
Cuando en tus brazos, sin temor, reposo,
Cuando en tus ojos clavo la mirada
Y dices que me adoras,
Nadie en el mundo, como yo, es dichoso.
Pero en estas de amor felices horas
Oigo, cual queja misteriosa y vaga,
Decir dentro de mí siniestras voces
Que huyen los días del placer veloces,
Que la antorcha de amor también se apaga.
Y mi alma, entonces, con osado vuelo,
Rasgar las sombras del futuro quiere,
Y exclamo al fin con doloroso anhelo:
¡Sueño es la dicha, si la dicha muere!

SUEÑO Y DICHA.

(De Goethe)

Mil veces al altar de los amores
Fuiste conmigo en sueños, de albas flores
Coronada la sien;
Y yo en la noche, que al placer provoca,
También soñando, le robé á tu boca
Cien besos y otros cien.

¿Por qué ilusión tan dulce huyó veloce?
Mía fuiste, por fin, y el triunfal goce
Mató al ansioso amor.
¿Qué valen el deleite y su embeleso,
Si ya murió el placer cuando del beso
Aún conservo el calor?

CANCIÓN DE LA JUVENTUD.

(De Víctor Hugo)

Yo no pensaba en Rosa:
Un día vino
Rosa al cercano soto
Sola conmigo.
Camino haciendo,
Hablamos de mil cosas
Que no recuerdo.

Yo era insensible y frío,
Como los mármoles,
E indiferente hablaba
De flores y árboles:
Con dulce fuego
Sus ojos me decían:
«¿Nada más que eso?»

El matinal rocío
Perlas nos daba,

Flotantes quitasoles
Las verdes ramas.
Los dos oíamos,
Rosa á los ruiseñores
Y yo á los mirlos.

—
¿Por qué á Rosa cantaban
Los ruiseñores,
Y á mí perseguían
Mirlos burlones?
Los ojos, tímido,
Bajaba yo, al mirarme
Sus ojos vivos.

—
Quince años yo tenía,
Y veinte Rosa:
Por cojer de una zarza
Las negras moras,
Levantó el brazo:
Yo no miré siquiera
Su brazo blanco.

—
Un manantial corría
Sonoro y fresco
Sobre céspedes blandos
De terciopelo;
Naturaleza
Dormitaba á la sombra
De la arboleda.

Rosa de su calzado
Todas las cintas
Desataba, y mirándome
Se sonreía:
En el arroyo
Metió el pié; su pié blanco
No ví tampoco.

—
Siguieron á sus risas
Suspiros tristes:
No sabía qué hacerme,
Ni qué decirle.
Por vez primera
Ví, al salir de aquel soto,
Que era muy bella.

—
Cuando se vió ya Rosa
Fuera del bosque,
«No pensemos en ello,
Dijo, acabóse.»
Mustio quedéme.
Desde entónces en Rosa
Pienso yo siempre.

SU BODA.

(De Helne)

Preludia el violín sonoro;
Sigue la música toda;
La dulce niña que adoro
Celebra el baile de boda.

La flauta y el violoncelo
Marcan alegre compás;
Los angelitos del cielo
Lloran á no poder más.

A LIDA

(De Goethe)

Existe solo un sér de polo á polo
A quien puedas amar, y quieres, Lida
Que sea todo tuyo y tuyo solo.
Lo lograrás. La turbulenta vida
Desde que te adoro, ante mis ojos pasa
Cual transparente gasa,
Y en el fondo, entre nubes de oro y rosa,
Tu imagen bendecida
Miro, que me sonrío cariñosa.
Constante, cuanto bella,
Fulgura allí, como en el claro cielo
Tras el del Norte luminoso velo
Inmóvil brilla la Polar estrella.

LAS FLORES

(De Schiller)

Hijas de la primavera,
Que engendra el sol al nacer,
Brotasteis para el placer,
¡Oh flores de la pradera!
Vuestra corola hechicera,
Con mil primores vestida,
Esmaltada fué y teñida
Por Flora; pero, llorad,
Que os privó de voluntad,
Alma, sentimiento y vida.

Alondras y ruiseñores
Os dan amorosos trinos,
Y los silfos peregrinos
Os besan halagadores.
Lecho parece de amores
Vuestro cáliz seductor;
Pero entre tanto favor,

¡Oh flores de la pradera!
Vuestra suerte lastimera
Os negó el bien del amor.

—
Mas, si una madre crüel
Roba su hija á mis amores,
Y vosotras sois ¡oh flores!
Nuestro mensagero fiel,
Os dá el pensamiento aquel
Habla, espíritu y sentido;
Y el dios más grande y temido
¡Hijas de la primavera!
Vuestra corola hechicera
Busca para albergue y nido.

EL REGRESO

(De Heine)

Si encuentro en mis correrías
La familia de mi amada,
Padre, madre y hermanitas
Me reconocen y abrazan.

Me saludan, me interrogan,
Y todos á un tiempo charlan;
Me dicen que estoy lo mismo,
Aunque más flaco de cara.

Pregunto á mi vez por tías,
Por sobrinas y cuñadas,
Y hasta por aquel cachorro
Que tan juguetón ladraba.

Pregunto también por ella,
Con otro—¡ay cielos!—casada,
Y me dicen muy gozosos,
Que recién parida se halla.

Dóyles mil enhorabuenas,
Con lengua que se me traba,

Y les digo balbuceando
Que me pongan á sus plantas.

La hermanita, de repente,
Dice: «al perro le entró rabia,
Y lo llevaron al Rhin,
Y lo arrojaron al agua.»

La pequeña es, cuando ríe,
Fiel retrato de su hermana:
Y tiene los mismos ojos
Causantes de mis desgracias.

PSIQUIS

(De Victor Hugo)

Un día Psiquis á mi cuarto vino,
Y así dije á esta leve mariposa:
«¿Qué es lo santo en el mundo y lo divino?
¿Es la luz? ¿Es la sombra misteriosa?

»¿Es del poeta el entusiasta canto?
¿Es el fugaz perfume de las flores?
¿Cuál es aquel embriagador encanto
Que á los hombres, oh diosa, hace mejores?

»¿Cuál es aquel espíritu sublime
Que dió al mundo su aliento poderoso?
¿Dónde el dictamo está para el que gime?
¿Dónde el néctar está para el dichoso?

»Muéstrame do se engendra el rayo puro
Que á la pupila dá fulgor tan vivo;
Señálame el lugar del libro obscuro

Do posa Dios su dedo, pensativo.

»Dime qué es lo más bello que vió Dante
En la esfera inmortal; dime el secreto
De la tebana esfinge, y de la amante
Paloma virginal del Paracleto.

»Dime en qué cosa, hecha de luz y lodo,
De timbre excelso ó de modesto nombre,
Puso el eterno Dios su verbo todo
Y todo el fuego de su carne el hombre.

»Dime cuál es el atrevido puente
Que desde el cieno hasta el empíreo sube,
Donde á medio camino frente á frente
Venus encuentra al celestial querube.

»Cuál es la llave espléndida y sombría
Que á los hombres brindando dichas ciertas,
Cierra el abismo de la noche fría
Y abre del sacro edén las aureas puertas.

»Cuál es la maravilla sorprendente
Que, fundiendo la rosa con el astro,
No pudieran crear en su audaz mente
Orfeo, ni Moisés, ni Zoroastro.

»Tú lo sabes quizás, tú que haces nido
En la eterea región, Psiquis hermosa;

Dime: ¿qué es la verdad, ángel querido?
Dime: ¿cuál es el bien, risueña diosa?

»¿Cuál es, de todos los celestes dones,
El más dulce, el más santo, el más seguro?
¿Cuál es, dí, la mejor de las creaciones?
¿Cuál es de Dios el resplandor más puro?»

Dije: Psiquis tendió las alas bellas
Sobre mi sién, doblada al grave peso;
Mostróseme desnuda en medio de ellas,
Y contestóme ruborosa: «¡el beso!»

TRISTEZA

(De Lamartine)

Llebadme á aquellos plácidos confines
Do Parténope mira
En mar azul que sin rumor espira,
Reflejarse palacios y jardines
Y el coro de astros que sobre ella gira;
Do bañado por cándidas espumas,
Hiergue el naranjo florecientes ramos
Bajo un cielo sin brumas.
¿Por qué tardáis? Partamos.
Ver otra vez cómo levanta ansío
El Vesubio triunfal la roja frente
Del seno del mar frío;
En su dulce vertiente
Quiero ver la alborada
Surgiendo de las aguas cristalinas,
Y conducir los pasos de mi amada
Por sus verdes colinas.

Ven, sigamos las curvas caprichosas
De aquel golfo tranquilo;
Ven conmigo á las playas arenosas,
De nuestro amor un tiempo grato asilo.
La tumba de Virgilio allí contemplo;
Allí miro de Cintia los vergeles,
De Venus allí el templo.
Al pié de los naranjos y laureles,
Entre aquellos sarmientos trepadores
Que á los mirtos abrazan,
Y á tu frente un dosel de hojas y flores
Flexibles entrelazan,
Al rumor de las olas
Y el viento que en los árboles murmura,
Con nuestro amor á solas
En medio de la selva entretegida,
¡Tendrán allí tan celestial dulzura
Ambiente, luz y vida!

La antorcha de mis días ya se apaga;
Al soplo del dolor se extingue lenta:
Si arroja claridad trémula y vaga,
Es que el recuerdo tuyo la alimenta.
Quizás Dios no permita
Que mi jornada acabe en este suelo;
Mi pálido horizonte se limita,
Y ya lo cubre funerario velo.
Pero, si he de morir en mi alborada,
Si en esta tierra, en vano

Al placer consagrada,
Deja caer mi temblorosa mano
La copa que con burlas engañosas
Quiso el destino coronar de rosas,
Que me llevase Dios solo quisiera
Al lugar que embellece placentera
Tu memoria querida,
Y saludar de lejos su ribera,
Y perecer donde gusté la vida!

RECUERDO VIVO

(De Goethe)

Grato es robar dulce prenda,
Gasa ó lazo, á niña hermosa,
Que entre alegre y ruborosa
Cede en la fácil contienda.
Nada diré que os ofenda
En tan risueña ilusión:
Gasa ó lazo, en conclusión
Prendas son de gran valía;
Mas ¡ay! para el alma mía
Cuán poco esas prendas son!

Parte de su mismo sér
Y de su propia existencia
Tras de breve resistencia
Concedióme una mujer.
¡Prendas de pobre querer,
No os envidio, trapos, nó!
¿Para qué os quisiera yo,

Teniendo para mi hechizo
El más adorable rizo
Que frente hermosa adornó?

—
Hube, mi bien, de perderte;
Mas no te perdí del todo:
Este rizo, de algún modo,
Me permite amarte y verte.
Es vuestra suerte y mi suerte
La misma, blondos cabellos:
Su cuello y sus hombros bellos
Por igual acariciamos,
Y por igual hoy estamos
Ausentes y lejos de ellos.

—
¿Recordáis con qué placer
Besábamos ¡ah! su frente?
¿Recordáis cuán dulcemente
Irresistible poder
Llevábanos á caer
En su seno seductor?
¡Testigos del bien mayor!
¡Restos de breve gozar!
Recordadme sin cesar
Tanta dicha y tanto amor.

A LAURA

(De A. Musset)

Si no me amabas tú, mujer impía,
¿Qué era lo que tu labio balbuciente
En locas noches de delirio ardiente
Murmuraba y decía?
Si ya tu infame corazón mentía,
¿Por qué lagrima tanta
Miré mezclarse á tu anhelante gozo,
Y al beso embriagador tanto sollozo
Anudado y perdido en tu garganta?

Si del placer el delirante exceso,
Haciendo al alma agravio,
Traía solo tu encendido beso,
Laura infeliz, á mi sediento labio;
Si tu sentido, del deleite opreso,
Con secreto conjuro
Las caricias y lágrimas hermana,
Y en el altar de la molicie impuro

La ideal dicha del amor profana;
Si el afán de tus noches sin sosiego
Saciarse no podía,
Sin tomar esa máscara de fuego,
¿Por qué burlarme en tan odioso juego,
Si no me amabas tú, mujer impía?

RECUERDO FELIZ

(De Heine)

Como rasga nube obscura
La luna, y su claridad
Entre vapores fulgura,
Surge visión bella y pura
Del fondo de muerta edad,

Estábamos sobre el puente
Del bajel; pausadamente
Nos llevaba el patrio río;
Resplandecía el estío
A la luz del sol poniente.

Sentado estaba delante
De mujer bella y amante,
Y prestaba su arrebol
A su pálido semblante
El postrer rayo del sol.

Daban con alegre acento
Las bellas su voz al viento:
¡Qué placer! ¡Qué dulce calma!
¡Cuál brillaba el firmamento!
¡Cómo se ensanchaba el alma!

—
Casas, campos, selva umbría,
Todo pasaba y huía
En visión esplendorosa,
Todo... y todo lo veía
En los ojos de mi hermosa.

EL TRIUNFO

(De Victor Hugo)

Entre los juncos húmedos sentada,
Suelta al viento la blonda cabellera,
Los pies desnudos en el agua fría,
La ví al pasar, y un ángel ó una fada,
Al verla tan hermosa, pensé que era.
Y me acerqué y le dije: «¡vida mía:
¿Por qué no vienes á la selva umbría?»

Y á mí volvió los ojos seductores:
Miróme con la angélica mirada
Que á la beldad vencida siempre queda;
Y yo le dije: «¡ven! no temas nada,
Este mes es el mes de los amores:
Ven conmigo á la lóbrega arboleda.»

En la yerba enjugó sus pies de nieve
Y me miró otra vez: á la alegría
En sus ojos siguió nube sombría;

Y pensó rato breve,
Como quien no se atreve.

—
¡Oh! ¡qué dulce era entonces la armonía
De las canoras aves!
¡Del arroyo, que límpido corría,
Los besos á las flores cuán suaves!
Los campos ¡oh cuán bellos!
Y amante, alegre, altiva y vergonzosa,
Ví venir hacia mí la niña hermosa,
Ocultando su faz con sus cabellos
Y sonriendo feliz á través de ellos.

SIMPATÍA

(De Byron)

¿Tú, niña hermosa, llorarás mi muerte?
Repite esas dulcísimas palabras,
Nó, nó, calla; no quiero entristecerte;
Si por mí has de llorar, el labio no abras.

Rauda huyó mi esperanza lisonjera;
Cansada mi alma está, mi sangre fría;
Tú sola verterás, cuando yo muera,
Llanto de amor sobre la tumba mía.

Aún ilumina el resplandor del cielo
La tempestad que sobre mí se abate;
Aún ceder miro mi implacable duelo;
Porque tu pecho por mi pecho late.

¡Oh, bendita esa lágrima vertida
Por el que en vano lágrimas implora!
Esa gota de llanto es más querida

Para quien sufre aún, y ya no llora.

—

Un tiempo, bella niña, tu ternura
Mi corazón hubiera estremecido:
Hoy rendir ya no puede la hermosura
A este infeliz, á padecer nacido.

—

.
.

—

¿Y tú, afligida, llorarás mi muerte?
Repite esas dulcísimas palabras.
Mas, nó, calla; no quiero entristecerte:
Si por mí has de llorar, el labio no abras.

SUS LÁGRIMAS

(De Heine)

El mar brillaba con la luz extraña
Que dá el ocaso á las dormidas olas;
Los dos, del pescador en la cabaña,
Silenciosos estábamos y á solas.

Remontábase lenta nube oscura;
Tendía la gaviota el blando vuelo;
Y una lágrima hermosa, fresca y pura
Bañó tus ojos y nubló su cielo.

Miré ansioso rodar por la megilla,
Y caer en tu mano aquella perla;
Y doblé, conmovido, la rodilla
Y con ardiente labio fui á beberla.

Desde entonces la frente doblo triste
Y sufro sin cesar rudo quebranto:
Mira, desventurada, lo que hiciste;
Envenenóme el corazón tu llanto.

RECUERDO

(De Lamartine)

Huyen en vano un día y otro día;
Pasan ¡ay! sin dejar rastro ni huella;
¡Nada te borraré del alma mía,
Ultima del amor imagen bella!

Como cayendo van de su guirnalda
Hojas secas al álamo frondoso,
Así veo caer sobre mi espalda
Los años en su curso presuroso.

El tiempo encaneció mi altiva frente,
Y la sangre conjélase en mi pecho,
Como el agua del rápido torrente
Que el frío invierno encadenó en su lecho.

Pero tu imagen cariñosa y tierna
Que el recuerdo tenaz más embellece,
La juventud del alma goza eterna

Y en mi fiel corazón nunca envejece.

Nó; de mis ojos tú jamás partiste:
Cuando cesé de verte en este suelo,
Y al cielo la mirada elevé triste,
Brillar te ví de súbito en el cielo.

Allí estabas, de encanto circundada,
Cual te ví en la suprema postrer hora,
Cuando de Dios á la feliz morada
El vuelo remontaste con la aurora.

Te siguió hasta los cielos tu hermosura;
¡Tu pureza y candor dignos son de ellos!
Tus ojos, que cubría nube obscura,
De la luz inmortal lanzan destellos.

La brisa aún mece con aliento blando
Los rizos con que al ébano avergüenzas,
Que á impulso de su soplo van jugando
En tu seno á caer en largas trenzas.

Y mitiga la sombra de ese velo
De tu rostro la luz resplandeciente,
Como la blanca aurora que en el cielo
Vela entre nubes su fulgor naciente.

Del sol los encendidos resplandores
Vienen al mundo y huyen con el día,

Pero no tienen fin nuestros amores,
Y brillas siempre tú en el alma mía.

Solo te escucho á tí; solo á tí veo.
En el bosque, en las nubes yo te admiro;
Te refleja en las aguas mi deseo;
Me hace escuchar el aura tu suspiro.

Si el mundo en sueño lánguido reposa,
El viento que suspira en la espesura,
Me trae tu voz, que gime cariñosa,
Y palabras dulcísimas murmura.

Si de la esfera en el espacio inmenso
Arden en noche clara las estrellas,
En aquellas estrellas verte pienso
Que contemplo más fúlgidas y bellas.

Si el fresco ambiente respiré del prado
Y me embriaga el perfume de las flores,
Creo aspirar tu aliento embalsamado
En sus más aromáticos olores.

Mi llanto enjugas con tus manos bellas
Cuando me postro humilde y solitario,
Para elevar al cielo mis querellas,
Ante el altar augusto del santuario.

Y en torno mío, cuando duermo, giras;

Cual sombra sobre el céfiro resbalas;
Y sueños melancólicos me inspiras,
Y me cubres la frente con tus alas.

—

Si de mi sueño en la apacible calma
De mi vida cortar quieres el hilo,
Iré, mitad celeste de mi alma,
En tu regazo á despertar tranquilo.

—

Cual dos suspiros que al nacer se unieron,
Como dos rayos del temprano día,
Así nuestras dos almas se fundieron,
¡Y me lamento y lloro todavía!

CREPÚSCULO

(De Victor Hugo)

Gime el estanque y fúnebre sudario
Parece que lo envuelva;
Mudo se extiende tras la opaca selva
El valle solitario;
Siniestros y tranquilos
Sus ramos alzan lúgubres los tilos.
¿No veis, á través de ellos,
De amor brillar la estrella vespertina?
¿No veis arder sus pálidos destellos
En la cumbre de la árida colina?

Vosotros, que ceñidos de guirnaldas
Pasáis en las tinieblas suspirando,
¿Sois amantes felices?
Brillan entre las sombras sueltas faldas;
Despiértase la yerba, y rumor blando
Melancólico zumba:
Fresca y lozana yerba, ¿qué le dices

A la dormida tumba?

—
«Amad, dice la yerba y aún la fosa;
Amad, vivid un día.
La sombra del ciprés es triste y fría;
Siniestros son sus ramos;
La megilla de rosa
Busca el labio de fuego...
Amad; trajo el crepúsculo el sosiego;
Amad, mientras nosotros meditamos.»

—
Dios encendió de la pasión las llamas;
Al mundo celos dé vuestra ventura,
¡Oh amantes que pasáis bajo las ramas!
Todo el amor que en nuestro pecho resta,
Se convierte en plegaria santa y pura
Cuando la muerte nos arrastra dura
A la tumba funesta.

—
El seco polvo que el sepulcro encierra,
Fué ayer beldad, y aún el amor lo abrasa;
Las brisas de la tierra
De la yerba los vastagos agitan,
Y el soplo de Dios pasa
Y fosas y cadáveres palpitan.

—
De la pajiza choza
El techo agudo la tiniebla emboza;
Suenan en el valle, que pesado huella,

Del segador cansado el paso lento;
Y, flor de luz, la esplendorosa estrella,
Su vívido fulgor pura destella
En el sereno azul del firmamento.

—
Gozad, gozad: mañana será tarde:
Es la estación de amor; se ocultan rojas
Las fresas hoy bajo las verdes hojas;
Y el ángel pensativo de la tarde,
A merced de los vientos encontrados,
Flota incierto y recoge confundidos
La oración de los labios apagados
Y el beso de los labios encendidos.

LENGUAJE DE AMOR

(De Heine)

No temas que ante la gente
Descubra yo mi ansiedad,
Aunque afanoso y ardiente
Hable hiperbólicamente
Mi labio de tu beldad.

Bajo ese eterno montón
De metafóricas flores,
Que disfrazan mi pasión,
Traman su conspiración
Nuestros secretos amores.

Y si chispas sospechosas
Saltan ¡ay! entre las rosas,
No te alarmes, vida mía:
Nadie cree en estas cosas,
Y dirán: «es poesía.»

LAMENTOS DE UNA DONCELLA

(De Schiller)

La encina gime en el bosque,
Nieblas los cielos anublan,
Y la niña está sentada
En la playa triste y húmeda.
La ola solloza y espira;
Y en la obscuridad nocturna,
Llorando la pobre niña,
Así entre labios murmura:

«Mi corazón está muerto,
La tierra desierta y muda;
Para llenar mi deseo
No hay felicidad ninguna.
Si sois piadoso, lleváos,
Señor, á vuestra criatura:
Amé, viví, disfruté
Cuanto bien la vida oculta.

Amorosas—9

«En vano corren mis llantos,
En vano gimen mis súplicas;
Súplica y llanto de vivos
Los muertos no los escuchan.
Si lograr consuelo puede
Quien perdió amor y ventura,
A ese postrimer consuelo
Mi corazón no renuncia.»

—Deja que tus llantos corran,
Deja que giman tus súplicas,
Aunque súplicas y llantos
Los muertos no las escuchan.
Un solo consuelo tiene
Quien perdió amor y ventura,
Y está en sus mismos lamentos
Y en sus propias amarguras.

LA DICHA EN LA AUSENCIA

(De Goethe)

Aunque te brindan gratos noche y día
Los labios de tu amada la ambrosía
Que bebes palpitante de placer,
De amor el sumo bien no lo conoces;
Sus más sabrosos goces
Lejos están del adorado sér.

Tiempo y distancia son cual los del cielo
Encantadores astros, que consuelo
Ofrecen misterioso al corazón,
E inspiran melancólica ternura
Al alma, que más pura
La dicha busca en ideal región.

Ausente, no la olvido un solo instante;
Pero cómo muy bien, ceno bastante,
Y nada me incomoda ni hace mal.
La ilusión trueca el anhelar en calma,

Y convierte en el alma
Fuego impuro en transporte celestial.

—
Como al rayo del sol, que limpio brilla,
Blanda flota la eterea nubecilla,
Así bogando en pensamiento voy
A merced de las brisas de los cielos;
Y sin afán ni celos
La adoro, eterno amante, y feliz soy.

A JUANA

(De Víctor Hugo)

El campo es un edén, que tú completas.
La solitaria selva en esta umbría
Parece que ha formado sus violetas
Con todas tus virtudes, Juana mía.

En el cielo la aurora esplendorosa
Como tu fresca juventud, fulgura:
Hay relación secreta y misteriosa
Entre un bello lugar y un alma pura.

La esfera azul y el valle floreciente
Bríndante al par sus alegrías santas:
El cielo es aureola de tu frente,
El vergel es alfombra de tus plantas.

Cuanto florece en la extensión tranquila
Un rayo busca de tus bellos ojos,
Porque brilla sin nubes tu pupila,

Porque brilla tu frente sin enojos.

—

Y es tan dulce el fulgor de tu hermosura,
Que al pasar por los bosques escondidos,
Cantando asoman en la sombra oscura
Las tiernas cabecitas de los nidos.

AMOR Y TEMOR

(De Heine)

Si pasas cerca de mí
Y me roza tu vestido,
Siente loco frenesí
Y se lanza en pos de tí
Mi corazón atrevido.

Mas si en movimiento leve
Fijas en mí la atención,
Tal tu mirar me conmueve,
Que á seguirte no se atreve
Mi cobarde corazón.

EL AMANTE MULTIFORME

(De Goethe)

Pez quisiera ser yo de azul y plata,
Y cuando al mar echases el anzuelo,
El cebo oculto que envenena y mata,
Voraz tragara con ansioso anhelo;
Pez quisiera yo ser de azul y plata.

Quisiera ser corcel, de tí querido,
Y galopando en rápida carrera,
Sobre el sonante carro estremecido
Llevarte en triunfo por la tierra entera;
Corcel quisiera ser, de tí querido.

Quisiera ser brillante doblón de oro
Cuando el capricho tentador te asalta,
Y en tu mano caer, limpio y sonoro,
Siempre que alguna cosa te hace falta;
Quisiera ser brillante doblón de oro.

Quisiera ser afortunado amante
Y llevar tras de mí todas las bellas,
Y una hermosa vencer á cada instante,
Y encontrarte á tí sola en todas ellas;
Quisiera ser afortunado amante.

Viejo quisiera ser, rugoso y frío,
Y así, cuando á mi amor inoportuno
Contestase altanero tu desvío,
Quizás no sentiría duelo alguno;
Viejo quisiera ser, rugoso y frío.

Quisiera ser extravagante mono,
Travieso y ágil, y en los tristes días
El tedio obscuro ó el terrible encono
Con mis muecas quizá divertirías;
Quisiera ser extravagante mono.

Quisiera ser, como el león, valiente;
Tierno, como la oveja bondadosa;
Perspicaz, como el lince del Oriente;
Taimado, cual la pérfida raposa:
Quisiera ser, como el león, valiente.

Por tí ser quiero cuanto ser ansío:
Los tesoros que busco y loco anhelo,
Pronto á tus pies los vieras, dueño mío,
Si me los diese generoso el cielo.
Por tí ser quiero cuanto ser ansío.

Mas, soy quien soy: ¿te gusto ó no te gusto?
Poco valgo, es verdad, te lo confieso;
Pero, si á tu capricho no me ajusto,
Otro galán encárguente ex-profeso;
Yo soy quien soy: ¿te gusto ó no te gusto?

EL LAGO

(De Lamartine)

Siempre hacia playa ignota
Va arrastrada por negras tempestades,
Nuestra nave infeliz, perdida y rota:
¿Será vana porfía
En el revuelto mar de las edades
El áncora clavar un solo día?
Termina el año apenas su carrera,
¡Oh lago! y en tu plácida ribera,
Que ella de nuevo contemplar quería,
Vengo á sentarme, solitario y triste,
Sobre el mismo peñón—¡quién lo dijera!—
Do sentarse la viste.

Apagabas, cual hoy, el bronco acento
En las rocas sombrías;
Cual hoy, en ellas el furor rompías,
Y tu espuma á sus pies llevaba el viento.
Una tarde—¿te acuerdas?—silenciosos

Bogábamos á solas,
Y cortaban no más tu rumor blando
Los cadenciosos remos azotando
Las adormidas olas.
Rompió el silencio aquel voz hechicera,
Escuchaste, y habló de esta manera.

«¡Detén, oh tiempo, las veloces alas!
¿Por qué la marcha rápida apresuras,
Hora feliz, que espléndida resbalas?
Dejadnos que apuremos las dulzuras
De estos instantes bellos.
¡Hay tantos desgraciados que os imploran!
Corred, corred para ellos,
Y en rápido volar, no interrumpido,
Los afanes llevad, que los devoran,
Dejando á los felices un olvido.
Mas ¡ay! en vano pido
Un breve instante más: ¡el tiempo vuela!
Decíale á esta noche encantadora:
—Tarda camina, cual mi pecho anhela—
¡Y á disipar la noche vá la aurora!
Gocemos, pues; ¡amémonos ahora!
Apuremos sin tasa el bien presente:
Nuestra existencia no halla
Puerto, ni el tiempo valla;
¡Pasa y nos arrebatá en su corriente!»

El día placentero

Que endulzan del amor las alegrías,
¿Por qué vuela tan rápido y ligero
Cual los amargos días?
¿Ni aún podremos fijar su huella leve?
¿Para siempre pasó? ¿Murió del todo?
Ese momento breve
Que llena toda el alma y la conmueve,
¿No podrá renacer de ningún modo?
¡Eternidad! ¡Abismo del pasado!
¿Imposible es que vuelva
Dicha fugaz que nos habéis robado?
¡Oh lago! ¡Mudas rocas! ¡Verde selva!
Vosotros, cuyas galas, si perecen,
Más bellas otra vez rejuvenecen,
Guardad, campos amenos,
De aquella noche la memoria al menos.
Guárdala en tus borrascas, lago hermoso;
Guárdala en tu reposo;
Guárdala en tus oteros y collados;
En tu bosque de abetos tenebroso;
En tus negros peñascos inclinados
Sobre el limpio cristal do se reflejan;
En las brisas que pasan y se quejan.
Guárdala en esos trémulos latidos
De ribera en ribera repetidos;
En el astro de plata
Que hace resplandecer con su luz pura
El raudal que en tu seno se dilata.
Y el viento que murmura,

El follaje que trémulo suspira
El ambiente, de flores perfumado,
Cuanto se vé, se escucha y se respira
Diga en acorde coro: ¡se han amado!

DECLARACIÓN

(De Heine)

Comienza el mar á gemir
Y las sombras á caer:
Sentado en la extensa playa
Miro con triste avidez
Danzar las revueltas olas
En espumoso tropel;
Y mi corazón con ellas
Alborótase también.
Memorias y anhelos vagos
Surgen y crecen en él,
Porque tu voz y tu imagen
Oigo y miro, dulce bien:
Tu imagen, que sobre todo
Flota siempre, pura y fiel;
Tu voz, que en todo la escucho
Y en todo la escucharé,
En el viento que solloza,
En la ola, muerta á mis pies,

Y hasta en el propio suspiro
De mi recóndito sér.

—
Con ligera caña escribo
En la arena: «te amo, Inés.»
Y suspirando traidora,
Mansa viene la ola infiel,
Y al punto borra la dulce
Declaración de mi fe.

—
¡Caña frágil! ¡Leve arena!
¡Pérfida mar! ¡Ola cruel!
Para nada os quiero; nunca
A engañarme volveréis.
En la selva escandinava
Crece altivo, entre otros cien,
Abeto, que al cielo sube:
Ese abeto arrancaré.
En las entrañas del Etna
Fuego eterno se vé arder;
En las entrañas del Etna
Hundiré el tronco después.
Con esa tremenda pluma
Y esa tinta escribiré
En la bóveda enlutada
De la noche: «te amo, Inés.»
Entre los vívidos astros
Las cifras de mi querer
Brillarán todas las noches,

Hoy y mañana y después.
Generaciones de ángeles
Veránlas resplandecer,
Y por siglos de los siglos
Repetirán: «te amo, Inés.»

LOS NIDOS

(De Victor Hugo)

Cuando el soplo de Abril abre las flores,
Buscan las golondrinas
De vieja torre las agrestes ruinas;
Los pardos ruiseñores
Buscando van, bien mío,
El bosque más sombrío,
Para esconder á todos su morada
En los frondosos ramos.
Y nosotros también, en el tumulto
De la inmensa ciudad, hogar oculto
Anhelantes buscamos,
Donde jamás oblicua una mirada
Llegue como un insulto;
Y preferimos las desiertas calles
Donde la turba inquieta
En tropel no se agrupa; y en los valles
Las sendas del pastor y del poeta;
Y en la selva el rincón desconocido

Do no llegan del mundo los rumores.
Como esconden los pájaros su nido,
Vamos allí á ocultar nuestros amores.

A INÉS

(De Byron)

Nó, no sonrías á mi adusta frente,
Que sonreir no puede, ni desea;
¡Evite el cielo, para tí clemente,
Que también llores, y que en vano sea!

No intentes conocer esta hez obscura
Que así emponzoña mi angustiada vida;
Ni quieras compartir una amargura
Que ser no puede, ni aún por tí, vencida.

No es odio ni es amor lo que me aqueja;
No es ambicioso y contrariado anhelo
Lo que mis horas anubló y me aleja
De cuanto fué mi amor ó mi consuelo.

Es ¡ay! que cuanto escucho y cuanto miro
Tedio me inspira y ásperos enojos:
Ya ni siquiera la beldad admiro;

Ni aún fuego tienen, para mí, tus ojos.

Cual la columna de siniestra llama,
Que al pueblo hebreo encaminaba errante,
Fulgor lejano me conduce y llama,
Y aún al morir lo miraré distante.

¿Cómo á sí mismo escapará el proscrito?
El mundo en vano recorrer intento;
¡Siempre me acosa el torcedor maldito,
El demonio fatal del pensamiento!

Otros el goce insulso que me hastía,
Beben sin fin y su amargor no advierten:
¡Sueñen ellos con plácida alegría,
Y nunca, al menos, como yo despierten!

¡Adiós! Recorreré la tierra entera.
Tendrá, entre penas mil, mi pecho herido
Un consuelo: suceda lo que quiera,
¡Lo peor ya lo he visto y lo he sentido!

¡No lo quieras saber! Tus dudas calma
Y ten piedad de mi anhelar eterno.
Sonríe, sin rasgar el velo al alma,
Si allí no quieres ver todo el infierno!

LOS SENTIDOS

(De Goethe)

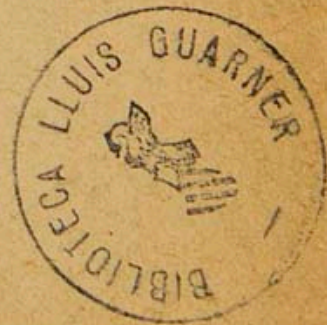
Muchos son en verdad, cinco sentidos!
En momentos de dicha dan enojos:
Quisiera, conteniendo mis latidos,
Todo yo, al escucharte, ser oídos,
Y al mirarte, mi bien, todo ser ojos.

+ ¡NUNCA!
—

(De A. Musset)

«¡Nunca!» digísteis, mientras dulce y grave
Sonaba en torno triste melodía;
«¡Nunca!» digísteis «¡nunca!» y vuestra suave
Pupila de zafir resplandecía.
«¡Nunca, nunca!» temblando repetía
Vuestro amoroso labio,
Y pálida la frente
Fruncir quería el ceño del agravio.
Pero, de pronto, el alma candorosa
Sintió el rubor herido y floreciente
En vuestra faz hermosa
Brilló el carmín de la encendida rosa.

—
«¡Nunca! ¡Nunca!» ¡Qué lástima, marquesa!
¡Ay! ¡qué palabra tan cruel es esa!
Al hablaros de amores
No contemplaba, nó, vuestro semblante,
Ni en vuestros dulces labios seductores



La sonrisa radiante.
Si vuestra azul pupila es muy brillante,
Es vuestra alma más bella,
Y al observar aquellos resplandores
Solo pensaba en ella;
Solo sentía que con casto orgullo
Se encerrara esa flor en su capullo.

ROSAS Y VIOLETAS

(De Heine)

Voy al campo, y violetas ruborosas
Busco y te envío todas las mañanas;
Vuelvo al campo al ocaso, y de las rosas
Elijo para tí las más lozanas.

¿Sabes tú lo que dicen, vida mía,
Mis flores, al abrir el tierno broche?
Que me quieras constante todo el día,
Y me quieras después toda la noche.

DE CERCA

(De Goethe)

¡Querida, cuántas veces
Estando junto á mí, desapareces!
Siempre que llega incómodo testigo,
Huye el placer del corazón opreso;
Mas, apenas estoy solo contigo,
Te reconozco en tu anhelante beso.

LOS ASTROS Y TUS OJOS

(De Victor Hugo)

Los soplos del ocaso halagadores
Trémulos difundían el aroma
De las nocturnas flores;
La tarde hundióse tras lejana loma,
Y en el nido el arrullo soñoliento
No se escuchaba ya de la paloma.
Era dulce fragancia la del viento,
La luz del astro plácida, tranquila;
Pero más aromático tu aliento,
Y más puro el fulgor de tu pupila.

En voz baja te hablaba. Era el instante
En que el himno más santo y más profundo
Suena en el pecho amante;
Y al ver tan bello al silencioso mundo,
Y al mirarte tan bella,
Así dije á los astros brilladores:

«La luz del cielo derramad sobre ella.»
Y á tí vuelto, añadí: «de los amores
Tú al alma mía el resplandor destella.»

FANTASÍA

A LAURA

(De Schiller)

Dime, Laura, ¿qué magia poderosa
Llama mis brazos y tus dulces brazos?
Cuando mi alma á la tuya vuela ansiosa,
¿Qué fuerza estrecha sus amantes lazos?

Es el poder que con acordes fijos
Astros agrupa, que su ley abarca,
Cual de la madre alrededor los hijos,
Cual regia corte en torno del monarca.

Todos los astros, de diversos modos,
Beben la luz del sol enardecida,
Como del corazón los miembros todos
Beben al par calor, aliento y vida.

El sol sus rayos vívidos enlaza
Con otras luces, de fulgor diverso;
Las órbitas amor dirige y traza,
Y amor sostiene solo el universo.

—
Si el lazo del amor faltase al mundo,
Roto el eje, perdida la armonía,
Newton al negro caos infecundo
Volver la creación contemplaría.

—
Si del alma el amor desapareciera,
Matara el hielo su latir constante;
Sin amor no hay Abril, no hay primavera,
No hay sér que á Dios comprenda ni á Dios cante!

—
Cuando en tus tiernos brazos me has prendido,
¿Quién dá súbitas llamas á mi frente?
¿Quién redobla en el pecho mi latido
Y el febril curso de mi sangre hirviente?

—
Salta indómito afán toda barrera;
Nada el hervor de mis arterias calma;
El cuerpo abrasa inextinguible hoguera,
Y en igual pira se consume el alma.

—
Como la tenue red de Aracne hermosa,
En sus lazos amor envuelve al mundo,
Y en la risueña creación gloriosa
Triunfante vence y reina sin segundo.

Trueca el cariño en plácida bonanza
La tempestad del corazón sombría;
Y alivia una mirada de esperanza
La desesperación pálida y fría.

—
Con tibio rayo dora la ternura
Las sombras del dolor; y deslumbrante,
En la pupila do el amor fulgura
Refleja el claro sol su luz brillante.

—
Hasta el reino del mal, encadenado,
Obedece á tu voz, oh simpatía;
El crimen, en el Tártaro ensalzado,
Entabla con el cielo lucha impía.

—
Al vicio la vergüenza se eslabona;
Y si el malvado levantó la frente,
Guirnalda de culebras por corona
Las Euménides dánle eternamente.

—
Juega con el orgullo la fortuna,
Con la felicidad la envidia torba,
Y el placer á la muerte inoportuna
Abre los brazos, que el deleite encorva.

—
En alas del amor vuela afanoso
El porvenir hacia la edad pasada,
Y Saturno persigue sin reposo
La eternidad, su bella desposada.

Anuncian los oráculos que un día
Logrado verá el tiempo su deseo,
Y el incendio del mundo, hermosa mía,
Será antorcha triunfal de ese himeneo.

—
Risueña, perfumada, esplendorosa,
Aurora entonces brillará más pura:
¡Regocíjate, Laura, Laura hermosa,
Nuestra noche nupcial eterna dura!

EL ABRAZO

(De Helne)

Encadéname en tus brazos,
Mujer; estréchame más;
Aprieta bien tus abrazos,
Y anuda tanto esos lazos,
Que no se rompan jamás.

¡Así! ¡Logré mi ambición!
Ya ceñido, corazón,
Por la más bella serpiente,
Gozarás perpetuamente
Las dichas de Laocón.

INVOCACIÓN

(De Lamartine)

Tú, que en este desierto árido y triste
Como huésped bajada de los cielos
Ante mí apareciste,
Dando un rayo de amor á mis anhelos,
Rompe el enigma de tu sér profundo,
Tu nombre dí, tu patria y tu destino:
¿Fué tu cuna este mundo?
¿Eres no más un hálito divino?

De amor sedienta y de la eterna lumbre,
¿Mañana al cielo volarás acaso?
¿De este valle de luto y pesadumbre
Has de seguir las sendas paso á paso?
Sea cual fuere tu ignorada suerte,
Sea cual fuere el que divino encierra
Tu suprema hermosura, sér oculto,
Permite, hija del cielo ó de la tierra,
Que te dé hasta la muerte

Inmenso amor ó reverente culto.

—
Si con nosotros la escabrosa vía
Sigues en estos lóbregos lugares,
Deja que en tu esplendor mire mi guía,
Y humilde bese el polvo que pisares;
Mas si remontas de improviso el vuelo,
Después de haberme amado un breve instante,
Del que te llorará siempre constante
Acuérdate en el cielo!

Á FABIO

(De Victor Hugo)

Cuando brilla feliz la primavera
Y en alas vuelan de zafiro y rosa
Sobre la frente triste la quimera,
Sobre la abierta flor la mariposa;
 Cuando el húmedo aroma exhala el prado,
Cuando el galán conviértese en amante,
Y de los sueños el enjambre alado
Zumba en torno del hombre delirante,
 Necio es aquel que con adusta frente
Quiere guardar la imperturbable calma,
Resistiendo al influjo prepotente
De la estación florida sobre el alma.
 ¿Por qué rechazar loco á las hermosas
Que ansian rendirse á su dichoso dueño?
Cuando arden en sus cálices las rosas
Es de mal gusto el enarcar el ceño.
 ¡Dichoso aquel á quien con dulce agrado
Venzan las bellas y de amor abrumen!

¿Por qué las alas Dios nos habrá dado,
Si no hemos de dejar que las desplumen?
¡Oh Fabio, Fabio, mi lección escucha!
Nada hay más dulce en la existencia triste,
Que una sonrisa que te diga: ¡lucha!
Y un suspiro que exclame: ¡al fin venciste!
Y diera yo los llanos de Castilla,
Que el sol quema y los céfiros olean,
Por dos ojos que cubre la mantilla
Y altivos al pasar relampaguean.

AMENAZAS.

(De Goethe)

Sola encuentro en el bosque á Filis bella;
Firme abrazo le doy, y lo repito
Una vez y otra vez y otra... Mas ella
Prorumpe: «aparta, ó grito.»

Yo, con la hueca voz que audaz provoca,
«Vengan, exclamo, acepto la batalla;»
Y ella «¡loco!» tapándome la boca,
«¡Loco! me dice: calla.»

RECUERDO.

(De A. Musset)

Esperaba llorar, cual triste lloro;
Pero temía padecer al verte,
Tumba ignorada del que fiel adoro,
Feliz recuerdo de mi aciaga suerte.

¿Por qué esta soledad, amigos míos,
Así os asusta, y detenéis mi planta
Cuando el afán de viejos desvaríos
Me trae á ver esta memoria santa?

Os vuelvo á contemplar, verdes collados,
Felices campos, floreciente valle;
Os vuelvo á ver, senderos perfumados,
Donde mi brazo encadenó su talle.

Os vuelvo á ver, selváticos abetos,
Asperas cuestras, húmedas umbrías;
Salud, amigos de mi Abril discretos,

Cuyo rumor meció mis alegrías.

Aquí, como tropel de ruiseñores,
Toda mi juventud canta á mi paso.
¡Oh nido embriagador de mis amores!
¿Me aguardas aún, ó me olvidaste acaso?

Dejad correr las lágrimas tranquilas
Que al alma arranca el renaciente anhelo;
Dejad que hoy en mis áridas pupilas
El pasado feliz tienda este velo.

No temáis, nó, que suspirando vuelva
A lamentar perdidas dicha y calma;
Con fiera magestad brilla esta selva,
Y con orgullo igual alienta mi alma.

Quien se prosterna ante sepulcro frío,
Llore infeliz y á su dolor sucumba;
Aquí late la vida en torno mío
Y no crecen las flores de la tumba.

La luna, envuelta en tembloroso rayo,
Triste aparece en vaga lontananza;
Mas pronto, sacudiendo ese desmayo,
Surge y al cielo espléndida se lanza.

Al dulce resplandor descolorido
Las flores sus aromas dan al viento,

Y tan puro también, mi amor perdido
Brotar del roto corazón hoy siento!

—
¿Qué os hicisteis, congojas de mi vida?
Ya huyó cuanto turbaba mi reposo,
Y solo al verte, soledad querida,
Niño otra vez contéplome y dichoso.

—
¡Oh condición del tiempo afortunada!
Llévase anhelos, lágrimas y angustias;
Mas de la muerta juventud se apiada,
Y no se atreve á hollar sus flores mustias.

—
¡Bendígote, virtud consoladora!
Nunca pensé que tanto me doliera
La horrible herida, al recibirla; y que ahora
Su cicatriz tan deleitosa fuera.

—
Lejos de mí las que á fingir no acierto
Fúnebres frases de vulgar sentido,
Luto insulso que dan á su amor muerto
Los que nunca han amado ni han sentido.

—
Dante, en los duelos recordar venturas
Es el dolor mayor; tú lo pretendes:
¿Quién te ha dictado esas palabras duras
Con que al dolor y á la desgracia ofendes?

—
¿Es menos cierto que la luz existe,

Porque triunfó la noche en el combate?
¿Y es tu alma grande, eternamente triste,
La que eso ha dicho, atormentado vate?

—
Esa horrible blasfemia, que me aterra,
No la engendró tu corazón altivo;
Un recuerdo feliz es en la tierra
Más que el mismo placer sabroso y vivo.

—
Al que en negras pavesas juntamente
Sus dichas vé apagarse y sus enojos,
Y una chispa arde aún resplandeciente
Y en ella clava con afán los ojos;

—
Cuando en aquellas ráfagas felices
El alma abisma con tenaz delirio,
¿Tú, que se engaña, escéptico le dices,
Y que esa última dicha es un martirio?

—
¿Y á tu dulce *Francesca*, ángel de gloria,
Dictaste esas palabras del infierno,
A ella, que por contar su amarga historia
Tiene que interrumpir un beso eterno?

—
¿Qué vale, oh Dios, el pensamiento humano;
Y cómo la verdad yace encubierta,
Si no hay bien dulce, ni dolor tirano,
De que no dude la razón incierta?

La Humanidad—¡cuán loca!—ríe, canta,
Camina audaz con paso indiferente,
Agena al lodo que manchó su planta,
Agena al astro que alumbró su frente.

Pero, si ofrece á sus ojos el destino
Un monumento del amor pasado,
Quéjase de encontrar en su camino
Aquel funesto escollo inesperado;

Y levanta los brazos anhelante,
Grita asombrada ó mísera suspira,
¡Porque solo duró fugaz instante
El burlador placer de esa mentira!

¡No lloréis, nó! Si el alma prisionera
Rompió la cárcel y logró su anhelo,
Fué aquel instante vuestra vida entera;
¡No lloréis, nó, su momentaneo vuelo!

¡Llorad, llorad, el vértigo que os lanza
Al fango de la vida, húmedo y frío!
¡Las noches sin consuelo ni esperanza;
Allí están ¡ay! la nada y el vacío!

¿Qué valen vuestras áridas doctrinas?
¿Para qué los estériles lamentos,
Que vuestro corazón envuelto en ruínas,
Dá sin cesar á los mudables vientos?

Pasa todo, es verdad, cual humo vano:
Sueño es el mundo, y lo que más enoja
Es que apenas la flor brilló en la mano,
Viene un soplo del viento y la deshoja.

Al pié de un árbol que desnuda el viento,
Sobre roca que el tiempo despedaza,
Un ósculo cambió y un juramento
Por la primera vez la humana raza.

Tomaron por testigo los amantes
Cielo que cruza nube pasagera,
Y esos astros ignotos y brillantes
Que devora quizás su propia hoguera.

Todo á su alrededor, todo moría;
La flor, el ave, el heno de los prados;
El agotado manantial, que un día
Reflejó sus semblantes olvidados,

Y embebecidos en deliquio tierno,
Entre tantos despojos de la suerte,
Pensaban escapar al sér eterno,
Que impasible vé al mundo y á la muerte.

«¡Cuán locos!» dice el sabio; y el poeta
«¡Cuán venturosos!» suspirando exclama.
¿Cuál amor es el tuyo, si lo inquieta
Voz del torrente ó céfiro en la rama?

Ví en el mundo caer algo más grave
Que hojas de árbol y pétalos de flores;
Ví perderse algo más que aroma suave
De rosas y trinar de ruiseñores.

Algo, con faz serena, he contemplado
Más triste que en su féretro Julieta;
Más horrible que el grito exasperado
Con que Romeo á los infiernos reta.

¡Ay! he visto á mi hermosa, al ángel mío,
Convertida en blanqueada sepultura,
Y he visto en su interior, medio vacío,
De un pobre muerto la ceniza obscura.

¡Y era ese muerto nuestro amor, que un día
Ambos mecimos con afán profundo!
¡No era lo que acababa y parecía
Una existencia, sino todo un mundo!

Aún joven, aún hermosa, aún más hermosa,
Vila, y brillaban por igual sus ojos;
Aún la misma sonrisa temblorosa
Derramaba al abrir los labios rojos.

Habló, y era su voz; nó, no era aquella;
Ni su mirada, que se hundió en la mía;
Ojos y alma clavaba en su faz bella,
Y la buscaba y no la conocía!...

Y estaba enfrente, y mis dudosos brazos
Pudieron estrechar su seno frío,
Y le pude decir: «¿por qué los lazos
Rompiste, infame, de tu amor y el mío?»

Mas no ví en ella mi ilusión querida;
Eran su voz, sus ojos y su frente,
Que le robó mujer desconocida;
Y la dejé pasar indiferente.

Torcedor de amarguísima crudeza
Fué aquel adiós de un sér inanimado:
¡Pero, no importa, nó! ¡Naturaleza!
¡Madre común! ¡No lloro, pues he amado!

Hiera el rayo fatal mi sien erguida;
Nadie podrá arrancarme esta memoria;
Correré las borrascas de la vida
Asido á este recuerdo, que es mi gloria.

Saber no quiero si florece Mayo;
Ni el fin pregunto de la especie humana;
Nada me importa si el sereno rayo
Del sol poniente brillará mañana.

Solo me digo: aquí y á esta hora misma,
Amé y fuí amado con igual anhelo;
Y esa idea en mi espíritu se abisma,
Y allí la guardo por llevarla al cielo.

MIS CANCIONES

(De Heine)

¡Ay! de mis penas más graves
Compongo breve canción,
Y agitando plumas suaves,
Va á posarse (tú lo sabes)
En tu ingrato corazón.

Penetra en su oculto centro,
Y volviendo luego atrás,
Viene, llorando, á mi encuentro,
Sin que me diga jamás
Qué es lo que ha visto allí dentro.

A AUGUSTA

(De Byron)

Nublan tinieblas lóbregas el mundo;
Su luz apaga la razón sombría,
Y la esperanza un rayo moribundo
Vierte en falsa vereda y me extravía.

Cayó la noche sobre el alma, y cuando
Lucha funesta el corazón me parte,
Mi maldecido afecto desdeñando,
El débil duda, el egoista parte.

Huyó la suerte, y el amor con ella;
Su dardo asesta sobre mí la ira;
Solo en tí veo la propicia estrella
Que sin ocaso en mi horizonte gira.

¡Bendiga Dios tu inmaculada lumbre
Que, cual de un ángel la mirada pura,
Constante brilla en la celeste cumbre

Entre mis ojos y la noche oscura!

—
Cuando con turbios pliegues de vapores
Velen tu resplandor pálidas nieblas,
Más brillantes irradia tus fulgores
Y vívida desgarras las tinieblas!

—
Vele siempre por mí tu alma serena
Y mi odio calme ó á la lid me aliente:
Temo más á tu voz, que dulce suena,
Que al estruendo del mundo maldiciente.

—
Cual tronco inmóvil eres, que el ultraje
Firme contrasta del airado viento,
Y cimbreas gallardo su follaje,
Que presta sombra fiel á un monumento.

—
¡Silben los euros; la borrasca zumbe!
De la tormenta en las horribles horas
Tu frente, árbol amigo, no sucumbe,
Y hojas marchitas sobre mí tú lloras!

—
Jamás el rayo vengador que acaso
Ya amenaza mi sien, hiera tu frente:
Si alumbrá á la virtud sol sin ocaso,
Verás siempre ese sol resplandeciente!

—
Rotos los lazos todos de mi vida,
Solo tu casto afecto nadie trunca.

¡Tu corazón padece, mas no olvida;
Tu pecho es tierno siempre, débil nunca!

—
Por mí ese pecho con amor profundo
Latirá cuando á todo esté ya muerto;
¡Y mientras tú embellezcas este mundo,
No será, nó, ni áun para mí, un desierto!

PARA TÍ

(De Victor Hugo)

Ya que dispuso el hado
Que las almas den siempre á un sér amado
Su música, su aroma ó su calor;

Ya que todas las cosas
O sus espinas dan ó dan sus rosas
Al anhelado objeto de su amor;

Ya que el Abril florido
Da murmurio á los árboles, y olvido
La obscura noche á los dolores dá,
Y con dulce embeleso,
En la ribera deposita un beso
La ola que á fenecer en ella va;

Enternecido amante,
Yo, sobre tí inclinado y palpitante,
Lo mejor darte quiero que hay en mí:
El pensamiento mio

Que, cual dulce y benéfico rocío,
En lágrimas de amor cae sobre tí!

—
¡Oh! de todos mis días
Los dolores, las ansias y alegrías
Tómalas; ¡para tí tan solo son!

Toma, toma, bien mío,
Cuantos forja en su loco desvarío
Ensueños de placer mi corazón.

—
Recibe de mi lira
Todas las notas, que por tí suspira
En el delirio de mi amante fé;
Mi espíritu, que incierto
Boga al azar, sin encontrar el puerto,
Si de tus ojos el fulgor no vé;

—
Mi musa, que las horas
Mecen soñando, y llora cuando lloras,
¡Y en lágrimas bañada siempre está!

Toma, toma, bien mío,
Un corazón amante, que vacío
Sin tu dulce cariño quedará.

CUERPO Y ALMA

(Da Heine)

Eterna y dulce memoria
Róbame sosiego y calma;
Recuerdo—¡dicha ilusoria!—
Que en breves días de gloria
Fuiste mía en cuerpo y alma.

Aún tu cuerpo palpitante
Tan mórbido y arrogante,
Estrechara, de amor loco;
El alma me importa poco:
Alma, tengo yo bastante.

Partirla quisiera, sí,
Y en abrazo sin igual
La mitad dártela á tí;
Y de cuerpo y alma, así,
Fuera el conjunto cabal,

NOCHE SERENA

(De Goethe)

Dejo la choza, do mi amor se esconde,
Y en la ancha selva, sin saber á dónde,
Mis pasos lentos á perderse van.
Arde roja la luna en las colinas,
Y tú, brisa nocturna, ante ella inclinas
Las ramas, que de flores campesinas
La esencia al aura dan.

¡Cuán grata es la frescura de la noche!
Abre á su halago el perfumado broche
Del sentimiento la escondida flor.
¡Sí, las noches de estío son muy bellas!
Pero, á pesar, mi bien, de auras y estrellas,
Diérasme tú, si oyese mis querellas,
Noche mucho mejor.

MELANCOLIA

A LAURA.

(De Schiller)

Laura, en tus ojos seductores brilla
La luz del sol naciente;
Vivo carmín enciende tu megilla;
Y si le da su llanto la ternura,
Son tus lágrimas perlas del Oriente.
El que contempla absorto tu hermosura
Bañada en lloros plácidos, bien mío,
Ve aparecer la aurora, fresca y pura,
Ornada con las perlas del rocío.

Tu alma alegre y sincera,
Limpia, como el cristal de clara fuente,
En feliz primavera
Trueca mi otoño pálido y doliente.
A tu presencia anímase el desierto;

Tiñes con resplandor de rosa y oro
La obscuridad del porvenir incierto,
Y sonríes al mundo y su armonía,
A esa armonía que percibo y lloro.
¿No ves la noche de la edad sombría
Envolver los gloriosos monumentos?
De la ciudad, que alumbra bello el día,
Son humanas cenizas los cimientos;
La cándida azucena el dulce aroma
Al cieno inmundo toma;
Y acaso fuente pura
Brotó de abandonada sepultura.

Alza la frente al firmamento, y mira
El coro de los astros,
Que eternamente gira.
¡Cuántos, sin dejar rastros,
Brillaron á su luz, Abriles bellos!
¡Cuántos combates encendió la ira,
Y cuánto cetro quebrantóse en ellos!

Contempla al sol, que envuelto en resplandores,
Se hunde en el seno de la mar obscuro;
Y no te engrían ¡ay! el matiz puro
De tus vivos colores,
Ni de tus bellos ojos los fulgores.
La sangre, que tu tez pinta de rosa,
Pide á la tierra fría
La savia misteriosa;

Dón fugaz de la muerte es tu hermosura,
Y vendrá á reclamártelo algún día
Con implacable usura.

—
No te imagines victoriosa y fuerte;
Frescas megillas, que el amor colora,
Trono son predilecto de la muerte,
Que el arco apresta tras la flor traidora.
Cuando miras con lánguido desmayo,
Dulces la llaman tus amantes ojos;
Y al brillar tu pupila, en cada rayo
Arde tu vida en míseros despojos.
Late aún feliz tu pecho conmovido;
Mas, sin sentirlo, sin dolor ni enojos,
Destruyéndote va cada latido.
El soplo de la muerte despiadado
Apagará en tus labios la sonrisa,
Cual deshace la brisa
La espuma que las aguas han rizado.
¿Que dónde está la muerte? has preguntado;
En todo, hasta en el germen
Donde todas las cosas
Antes de nacer duermen.
Ya miro mustias tus purpureas rosas,
Apagados tus labios,
Y hundidas tus megillas amorosas,
Donde la edad imprime sus agravios.
Niebla pálida y fría
Enlutará tu juventud cansada,

Y entonces, Laura mía,
Ni tú podrás amar, ni ser amada.

—
Y en tanto tu poeta, niña tierna,
Como la encina en la montaña fuerte,
Con su broquel de juventud eterna
Embotará los rayos de la muerte.
Sus ojos brillarán con luz más viva,
Y alzará más el vuelo
Su inspiración altiva.
¿Tiemblas ¡oh Laura! y lloras sin consuelo?
Aprende, hermosa, que el licor sagrado
Que al labio llevo con ansioso anhelo,
Tiene el cáliz también emponzoñado.
¡Ay de aquel que la chispa fecundante
Robó al cielo! La nota más brillante
Hace estallar la lira;
Y la divina llama
Que genio el mundo llama,
Consume al alma en su abrasada pira.

LA DESPEDIDA

(De Heine)

El ruiseñor cantaba; florecía
El tilo y fulguraba el sol radiante.
Entonces me besaste, vida mía,
Y tu trémulo brazo me oprimía
Sobre tu ansioso pecho palpitante.

Mustias las hojas que la selva viste,
Cayeron: con glacial indiferencia
Rodaba el sol; graznaba el cuervo triste.
Nos dijimos *adiós*, y tú me hiciste
La más ceremoniosa reverencia.

ISCHIA

(De Lamartine)

A llevar á otros mundos nuevo día
Va el moribundo sol; sobre la frente
De la noche sombría
De tenues rayos velo trasparente
Tiende la luna en la extensión vacía,
Y de las sierras en la enhiesta cumbre
Brilla triunfante. Valles y collados
Raudal inunda de argentada lumbre,
Que quiebra en la espesura su sereno
Fulgor, y duerme en los extensos prados,
O del mar en el seno.

La claridad dudosa
En las tinieblas derramada, pinta
Con azulada tinta,
La obscuridad, que avanza misteriosa;
Y flotan á lo lejos
Los turbios horizontes

Bañados en sus pálidos reflejos.
Enamorado el piélago lascivo
De esta bella ribera,
Calma á sus pies la cólera altanera,
Y sus islas y golfos abrazando,
Mitiga en ellas el ardor estivo
Con la frescura de su aliento blando.

—
¡Oh, cuán bello es seguir en su carrera
La ola fugaz, que avanza y retrocede,
Como el amante que intranquilo abraza
A la amorosa virgen, que ora cede,
Ora esquiva y resuelta lo rechaza!
Cual suspiro de infante adormecido,
En la atmósfera vaga
Quejumbroso gemido:
¿Es un eco del cielo el que al oído
Tan armonioso halaga?
¿Es un sollozo, que el amor encierra
Del mar y de la tierra?
Trémulo nace y murmurante espira;
Parece el mundo corazón opreso
Por voluptuoso peso,
Que inquieto late y plácido suspira.

—
Abre, mi bien, el alma
A ese raudal de vida: grato aspira
El dulce encanto de la noche en calma.
Al amor brinda el tenebroso velo,

Y se levanta para tí en el cielo
El astro que tus pasos ilumina.
¿Resplandor vacilante
Ves pálido temblar en la colina?
Faro es ese, encendido
Por la infeliz amante,
Que en el mudo silencio presta oído
A la perdida voz del bien querido.
Clava en la luna con ansioso anhelo
La azul pupila, que refleja hermosa
Los matices del cielo;
Y su diestra feliz, que dulce juega
Con el rabel sonoro, caprichosa
Torrentes de armonía misteriosa
A los aires entrega.

« Amoroso silencio, sombra obscura
Inundan el espacio dilatado:
Ven, dulce amor; la noche fresca y pura
Gozarás á mi lado.
Ya solo con inciertos resplandores
En las tinieblas brilla
La vela de los pobres pescadores,
Que vuelven á la orilla.
La que enarbela tu feliz barquilla
Con azorados ojos he seguido
Mañana y tarde sobre el mar lejano,
Cual la paloma que en el blando nido
Sigue ansiosa las alas del milano.

»Mientras blanda y ligera
Rozó la barca la feliz ribera,
En los ecos tu voz reconocía;
Después, tu canción vaga y plañidera
La brisa, en sueltas notas, me traía.
Cuando empezaban á rugir las olas,
La Estrella de la mar tu nombre ha oído,
Que repetía yó, llorando á solas;
Y mi lámpara entonces he encendido,
Y la oración de mi alma enamorada
Calmó los vientos y la mar airada.

—
»Ya todo ama y reposa: yace inérme
La ola ondulante en la arenosa playa;
Cierra su tierno broche
La flor, que sobre el vástago desmaya,
Y la Naturaleza calla y duerme
Bajo el dosel propicio de la noche.
Para nosotros tapizó los valles
Mullido césped; en las verdes lomas
Corren las vides en torcidas calles,
Y entre naranjos pasa dulcemente
La fresca brisa, pétalos y aromas
Derramando en mi frente.
Ven, ven, mi dulce amigo:
Al fulgor de la bóveda estrellada,
Cantaremos felices, y al abrigo
De la verde enramada,
Hasta la hora importuna

En que envuelta en la luz de la alborada
Borre su disco pálido la luna.»

—
Canta, y su voz á intervalos espira,
Ya del rabel, que vibra al par del alma,
Y cada vez más lánguido suspira,
Solo repiten trémulos gemidos
En el silencio de la noche en calma
Los ecos adormidos.

—
¡Ah! quien, bajo este cielo,
En estas horas de sin par dulzura,
Henchida el alma de amoroso anhelo,
Sintiera de repente
De su sueño ideal la imagen pura
Animarse y brillar resplandeciente
En las formas de angélica hermosura;
Quien al rumor del mar en la ribera
Y á la sombra del mirto protectora,
Bajo aquesa techumbre de zafiros,
Prosternado á los pies de su hechicera,
Del ocaso á la aurora
Le hablase con idioma de suspiros;
Quien respirando su adorado aliento,
Feliz sintiera en trémulos vaivenes
Sus cabellos, mecidos por el viento,
Pasar sobre las sienes;
Quien, desdeñoso de las raudas horas,
Fijando el alma en tan sabrosos bienes,

Consiguiera olvidar que corre el día
Con alas voladoras,
¿Fuera solo un mortal, ó un dios sería?

—
En las dulces pendientes
De estos Eliseos Campos florecientes,
Donde Amor tal vez quiso
Esconder su soñado paraíso;
Al rumor de las olas transparentes,
Al fulgor misterioso
Del astro de la paz y del reposo,
En la feraz ribera
Que la vista recorre placentera,
También los dos en extásis profundos
Respiramos dichosos esa brisa
Que viene de otros mundos...
¡Y dicen que hemos de morir, Elisa!

A JENNY

Cumplí ya los treinta y cinco,
Y tú aún no los diez y seis...
Mi antiguo ensueño, al mirarte,
Revive, Jenny, otra vez.

Hermosísima doncella
Hace mucho tiempo hallé:
Era cual tú, y los cabellos
Peinaba cual tú también.

—La universidad me llama;
Aguarda; pronto vendré—
Le dije, y fué su respuesta:
—¡Tú serás mi único bien!

A vueltas con las Pandectas
Iba dos años ó tres,
Cuando recibí la nueva
Fatal: se casó la infiel.

Era á primeros de Mayo:
Risueña, á más no poder,
Brillaba la primavera
En el campo y el vergel.

Cantaban los pajarillos,
Y con inmenso placer,
Al rayo del sol bullían
Las sabandijas también.

Yo estaba pálido, enfermo,
A punto de perecer:
Solo Dios sabe las noches
Angustiosas que pasé.

Salí á flote, y estoy fuerte
Como un roble, ya lo ves.
Mi antiguo ensueño, al mirarte,
Revive, Jenny, otra vez.

PROXIMIDAD DEL SER AMADO

(De Goethe)

En tí pienso, bien mío, si el sol al nacer dora
Las olas de la mar;
Si miro de la luna la lumbre tembladora
Sobre ellas resbalar.

Te veo, cuando el polvo levanta en el camino
Nube que huye veloz;
Y cuando en noche oscura perdido el peregrino
Al viento dá la voz.

Te escucho, cuando espiran con bullicioso estruendo
Las ondas á mis pies;
Y cuando calla el bosque y su silencio atiendo
Con ávido interés.

Contigo estoy, conmigo estás, aunque muy lejos
Te encuentres ¡ay! de mí:
Del sol de ocaso mueren los últimos reflejos...
¡Si estuvieras aquí!

† A N I N O N

(De A. Musse*)

Y si las ansias mías
Dijérate, afrontando tus enojos,
¿Quién sabe lo que tú responderías,
Gentil morena de ceruleos ojos?
Tú sabes que el amor es un tormento,
Y muchas veces su rigor lamentas;
Pero, al saber mi intento,
Me ajustaras tal vez estrechas cuentas.

Si te dijera que en silencio mudo
El torcedor agudo
Sufro, há dos meses, de inquietud impía,
Tú, que quizás discreta
Adivinaste mi ansiedad secreta,
Puede que contestaras: «lo sabía.»

Si te dijera que quimera grata
Tras de tí me arrebatara

Y encadena á tus pasos mi deseo,
Tú sabes ¡inocente devaneo!
Que una sombra de duda y de tristeza
Realza tu belleza,
Y quizás replicaras: «no lo creo.»

—
Si te dijera yo que bien guardada
Llevo en el alma mía cada noche
Tu plática feliz de la velada,
Tú sabes que en relámpagos convierte
Tus ojos bellos vengador reproche,
Y airada acaso me vedaras verte.

—
Si te dijera que en fatal desvelo
Paso las noches con ansioso anhelo
Y llorando los días,
Tú sabes que al reir, la mariposa
Toma tus labios por temprana rosa;
Y acaso reirías.

—
Mas no te lo diré. Vendré constante,
Me sentaré á tu hogar, oiré tu acento,
Contemplaré dichoso tu semblante,
Respiraré tu aliento!
Adivinar podrás mi pensamiento;
Pero razón de agravios
No les daré á tus ojos ni á tus labios.

—
En jardín de fantásticos amores

Cojo en secreto misteriosas flores:
Oigo á tu lado el armonioso clave,
Cuando despierta su sonoro timbre
Tu mano dulce y suave;
Y cuando el raudo vals se arremolina,
Se cimbreo en mis brazos, cual un mimbre,
Tu cintura divina.

Luego, de tí, sin murmurar, me aparto;
Enciérrome en mi cuarto
Con mil recuerdos en la mente inquieta;
Y por gozar mi gloria
Abro, como el avaro su gabeta,
Mi corazón, que llena tu memoria.

Amo, y sé contestarte indiferente;
Amo, y solo lo sabe el alma mía;
Mi secreto me halaga dulcemente,
Y su penar mi corazón ansía.
He jurado, y cien veces juraría,
Amar sin esperanza á mi deseo;
Pero, no sin ventura, pues te veo!

No nací, nó, para el celeste goce
De vivir á tu lado
Y morir á tus pies enamorado:

En mi mismo tormento se conoce.
Mas, si las ansias mías
Dijérate, afrontando tus enojos,
¿Quién sabe lo que tú responderías,
Gentil morena de ceruleos ojos?

LA PONZOÑA

(De Helne)

¡Están emponzoñadas mis canciones!
¿Puede ser de otra suerte?
¡Tú, que de mí, tiránica, dispones,
Diste á mi vida, llena de ilusiones,
El tósigo de muerte!

¡Mis canciones están emponzoñadas!
¿Puede ser de otro modo?
¡Llevo en el alma, abierta á tus miradas,
Viboras y culebras enroscadas,
Y á tí, después de todo!

A UNA MUJER

(De Victor Hugo)

Si fuera rey, señora, el reino diera,
Mi corona y mi cetro y mi bandera,
Y mi pueblo y mi flota empavesada,
Diéralo todo, sin pesar ni enojos,
Por una sola plácida mirada
De vuestros dulces ojos.

Mujer, si fuera Dios, el cielo, el mundo,
La tierra, el mar, el ábrego profundo
Do el réprobo á mi ley dobla la frente;
Diéralo todo, sin dolor ni agravios,
Diéralo por un beso solamente
De tus amantes labios.

EN LA CUMBRE DE UNA MONTAÑA

(De Goethe)

Grato cuadro, Belinda, este sería,
Si mi amor no absorbiera tu beldad;
Mas, si yo no te amase, vida mía,
¿Algo bueno, algo hermoso encontraría
Del mundo en la desierta inmensidad?

CORONACIÓN

(De Heine)

¡Cantares! ¡Cantares míos!
¡En marcha, en marcha otra vez!
Armaos de punta en blanco,
De la cabeza á los pies,
Sonad parches y clarines,
Y sobre triunfal broquel
Alzad á la hermosa niña
Que mi soberana hoy es.

¡Salud, bellísima reina!
Por tí al cielo subiré,
Y arrancando al sol naciente
Rayos de oro y rosicler,
He de trenzar la diadema
Digna sola de tu sien.
Del velo azul de los cielos,
Cuando al tibio anochecer
Los diamantes de los astros

Relampaguean en él,
Para tus soberbios hombros
Regio manto cortaré.
Serán tu espléndida corte
Odas de arrogante prez,
Almibarados sonetos
Y madrigales también.
Símiles por batidores
Y agudezas te daré;
Equívocos y retruécanos
Tus bufones han de ser;
Y mis chistes agridulces
Heraldos de buena ley,
Con risas en los blasones
Y lágrimas á la vez.

—
Y yo mismo, reina mía,
Arrodillado á tus pies,
En cojín de terciopelo
Mi numen te ofreceré;
Lo que de mi pobre numen,
Por compasión ó desdén,
Dejóme la que en el trono
Tu predecesora fué.

EL SECRETO DEL RECUERDO

À LAURA.

(De Schiller)

¡Siempre sobre tu labio el labio mío!
Ese es el hondo afán que experimento
Al mirarte con loco desvarío:
¡Vivir tu vida, al respirar tu aliento!

Te contemplo y mi espíritu impaciente
Las alas tiende á la región serena,
Como dócil esclavo vá obediente
Detrás del vencedor que lo encadena.

¿Por qué mi corazón alza así el vuelo?
¿La patria busca, que gozó dichoso?
¿Ó es que una hermana, que perdió en el cielo,
Recobra al encontrarte, dueño hermoso?

¿Nos unió en otra vida pasión pura,

Y por eso palpita el pecho mío?
¿Gozamos ambos celestial ventura,
En algún sol, hoy pálido y sombrío?

—
¡Ah! sí, ligados en unión divina,
Logramos de otro bien dichas mayores:
Mi musa en lo pasado lo adivina;
Para mí no son nuevos tus amores.

—
Y en ese enlace plácido y fecundo
Eramos dios, poder, vida y aliento;
Y á nuestra voluntad brotaba un mundo,
Sujeto á nuestro libre pensamiento.

—
Dulce néctar en fuentes abundosas
Soberano deleite nos brindaba;
Rompiamos el sello de las cosas,
Y el sol de la verdad nos alumbraba.

—
Aquel dios, pobre Laura, ya no existe;
Mas dejó en nuestro sér profunda huella,
Y sentimos anhelo dulce y triste
De recobrar la excelsitud aquella.

—
Al mirarte con loco desvarío,
Por eso tanto afán experimento:
¡Posar sobre tu labio el labio mío!
¡Vivir tu vida, al respirar tu aliento!

Y por eso mi espíritu impaciente
Las alas tiende á la región serena,
Como dócil esclavo va obediente
En pos del vencedor que le encadena.

—
Y el audaz corazón, alzando el vuelo,
La patria busca, que gozó dichoso,
Y halla la hermana, que perdió en el cielo,
Cuando te reconoce, dueño hermoso!

—
¿Por qué, pues, al mirarme, te sonrojas?
¿La santa complacencia no has sentido
Del que, después de estériles congojas,
Halla el hermano y el hogar perdido?

GOCES VERDADEROS

(De Goethe)

Si cautivar á la hermosura quieres,
No viertas á sus piés raudales de oro;
Para comprar de amor dulces placeres,
El mismo amor es el mejor tesoro.
Gana las multitudes
El oro vil; mas no los corazones.
Date en cambio tú mismo, y—no lo dudes—
Pagarás bien los amorosos dones.

Si no te encadenó vínculo santo,
Forja tú mismo la feliz coyunda:
El hombre libre, singular encanto
En voluntaria servidumbre funda.
A una sola mujer pretende y ama;
Y cuando en ella prenderá tu llama,
Si falta el nudo eterno,
Os una el lazo del cariño tierno.

Abre á ese afecto el alma enternecida
Y escoge una doncella;

Amorosas—14

Sea esa tierna virgen tu elegida;
Tú, el elegido de ella.
Su alma, hermosa ha de ser; su cuerpo, hermoso.
Yo una elegí, tan cándida y tan pura,
Que á nuestro amor dichoso
Falta no más la bendición del cura.

Sagaz para mi bien y mi alegría;
Feliz, solo por mí, de ser hermosa;
Para mí complaciente y cariñosa,
Para los otros circumspecta y fría;
Flaqueza femenil no abrió su pecho;
Voluntaria merced son sus favores;
Y gozo sus amores
Agradecido al par y satisfecho.

Feliz soy cuando dulce me embelesa
La blanda risa que á su labio asoma;
Cuando mis piés debajo de la mesa
Por taburete de los suyos toma.
Cuando me da la fruta que ha mordido
Ó la copa en que bebe;
Ó sorprende al besarla, en un descuido,
Los que encubre el cendal pechos de nieve.

En las horas de plática sabrosa
Con que mi dicha labra,
No le pido á su boca sentenciosa
El ósculo: me basta la palabra.
Arde la idea en su divina frente,
Dándole hechizo siempre renovado.
Es perfecta: un defecto solamente

Encuentro en ella: amarme demasiado.

Arrójame á sus plantas el respeto,
La pasión á su seno deleitoso.
¡Esto es gozar! Oh joven, sé discreto;
Busca estas glorias y serás dichoso.
Y el día que te robe á sus caricias
La muerte inoportuna,
Las celestes delicias
Disfrutarás sin transición alguna.

EL AMOR DEL POETA

(De Heine)

Era un hidalgo sombrío,
De frente adusta y siniestra,
Que pálido y silencioso
Vagaba con planta incierta,
Lleno el pecho de suspiros,
Llena el alma de quimeras.
Era tan fosco y arisco,
Que al verlo pasar, malévolas
Mirábanse y sonreían
Las flores y las doncellas.

En el rincón más obscuro
De su lóbrega vivienda,
Recatándose de todos,
Pasaba la noche entera.
Ambos los brazos al cielo
Levantaba con frecuencia,
Sin decir una palabra,
Sin murmurar una queja.

Pero, al tocar medianoche
Escuchábanse allá fuera
Acordados instrumentos,
Coros de voces angélicas,
Y al poco rato llamaban
Blandos golpes á la puerta.

Y cual sombra que resbala
Hermosa, ideal, aérea,
Entraba su dulce amante,
En gasas de espuma envuelta.
Era el velo de su frente
De hilos de escarchadas perlas;
Sus megillas, cual la rosa
Que la aurora colorea.
En sus hombros se esparcían
Olas de doradas crenchas;
Derramaban sus pupilas
Apasionadas ternezas,
Y—¡ay Dios!—¡cómo se abrazaban
El caballero y la bella!

Estrechábala el hidalgo,
Y el mismo entonces ya no era.
El tímido se aventura,
El soñoliento despierta,
El arisco se enternece,
Late el insensible y tiembla.
Y ella, con alegre mimo
Sujetándole risueña,
Con el fulgurante velo

Envuélvele la cabeza.

En alcázar diamantino
El caballero se encuentra;
Tanta hermosura le asombra,
Tanto resplandor le ciega,
Y aún en sus ansiosos brazos
A la encantadora estrecha,
Y es su afortunado esposo,
Y su dulce esposa es ella,
Y en torno tañe la cítara
Coro de sílfides bellas.

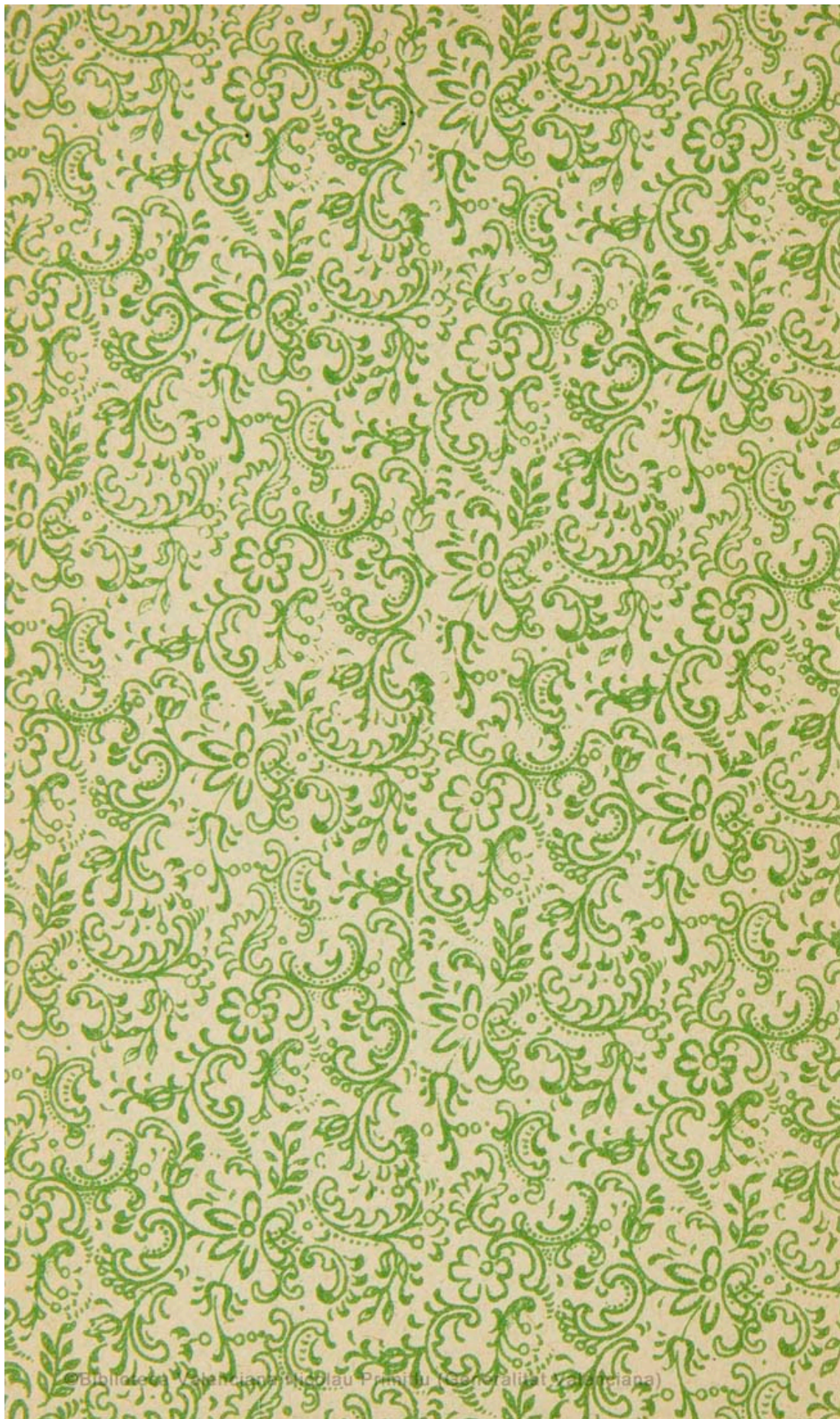
Tañe la cítara, canta,
Y el pié á las danzas apresta...
El amante desfallece,
Y aún abraza á la hechicera;
Pero, de pronto, las luces
Se apagan, y en las tinieblas,
En el rincón más obscuro
De su lóbrega vivienda,
Otra vez solo y sombrío
Está el hidalgo—¡el poeta!

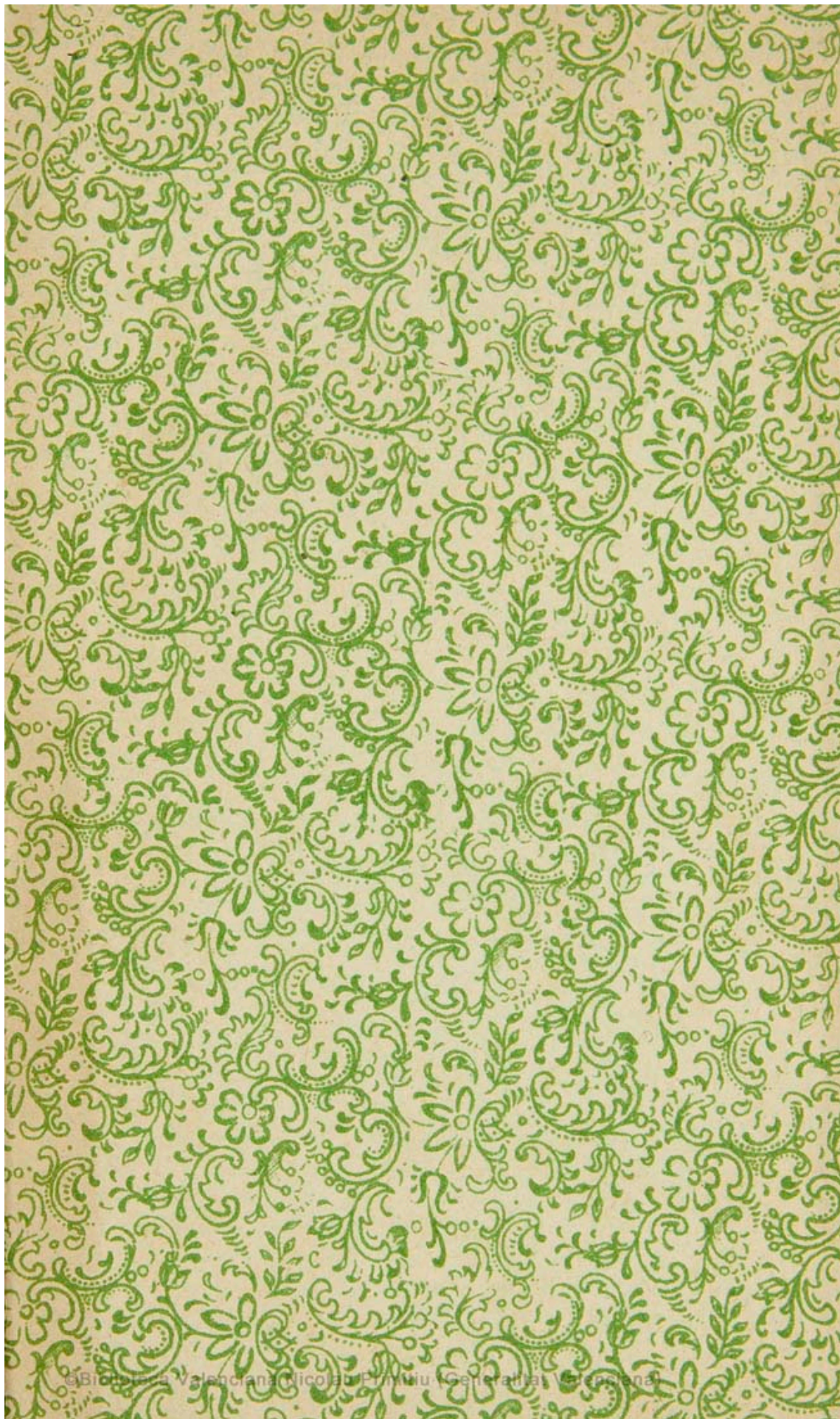


ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo.	5
<i>Lazos de amor</i> , de Heine.	19
<i>Ilusión</i> , de Goethe.	20
<i>Extasis</i> , de Schiller.	21
• <i>Las cerezas</i> , de Victor Hugo.	23
- <i>A Elvira</i> , de Lamartine.	25
• <i>¿Realidad ó fantasía?</i> de Heine.	29
- <i>Despedida</i> , de Byron.. . . .	31
• <i>Hermosura y pureza</i> , de Victor Hugo.. . . .	33
<i>La gallina ciega</i> , de Goethe.	35
<i>Los tres sueños</i> , de Heine.	37
- <i>A Pepa</i> , de A. Musset.	38 +
<i>Elegía</i> , de Lamartine.	40
- <i>La gaditana</i> , de Byron.	43
• <i>El dedo de la mujer</i> , de Victor Hugo.	46
<i>Juramentos y besos</i> , de Heine.	49
<i>La visita</i> , de Goethe.	51
<i>El secreto</i> , de Schiller.	54
<i>Ensueño</i> , de Heine.	56
- <i>Canto de amor</i> , de Lamartine.	57
<i>Salvamento</i> , de Goethe.	67
<i>Dicha y llanto</i> , de Heine.	69
• <i>Después del invierno</i> , de Victor Hugo.	70
- <i>La mujer</i> , de A. Musset.	73 -
<i>Su retrato</i> , de Heine.. . . .	75
- <i>Recuerdos</i> , de Byron.. . . .	76
• <i>Su silencio</i> , de Victor Hugo.	79
<i>La cita</i> , de Schiller.	81
• <i>¡No me ames!</i> de Heine.. . . .	85
<i>En la ausencia</i> , de Goethe.. . . .	86
• <i>Una tarde que miraba al cielo</i> , de Victor Hugo.	87
<i>El consuelo</i> , de Heine.	91
- <i>A El***</i> , de Lamartine.. . . .	92
<i>Sueño y dicha</i> , de Goethe.	94
• <i>Canción de la juventud</i> , de Victor Hugo.	95
<i>Su boda</i> , de Heine.	98
<i>A Lida</i> , de Goethe.	99
<i>Las flores</i> , de Schiller.	100
<i>El regreso</i> , de Heine.. . . .	102
• <i>Psiquis</i> , de Victor Hugo.	104
- <i>Tristeza</i> , de Lamartine.. . . .	107

Recuerdo vivo, de Goethe.	110
- <i>A Laura</i> , de A. Musset.	112
Recuerdo feliz, de Heine.	114
El triunfo, de Victor Hugo.	116
- <i>Simpatía</i> , de Byron.	118
<i>Sus lágrimas</i> , de Heine.	120
- <i>Recuerdo</i> , de Lamartine.	121
• <i>Crepúsculo</i> , de Victor Hugo.	125
<i>Lenguaje de amor</i> , de Heine.	128
<i>Lamentos de una doncella</i> , de Schiller.	129
<i>La dicha en la ausencia</i> , de Goethe.	131
• <i>A Juana</i> , de Victor Hugo.	133
<i>Amor y temor</i> , de Heine.	135
<i>El amante multiforme</i> , de Goethe.	136
- <i>El lago</i> , de Lamartine.	139
<i>Declaración</i> , de Heine.	143
• <i>Los nidos</i> , de Victor Hugo.	146
- <i>A Inés</i> , de Byron.	148
<i>Los sentidos</i> , de Goethe.	150
- <i>¡Nunca!</i> de A. Musset.	151
<i>Rosas y violetas</i> , de Heine.	153
<i>De cerca</i> , de Goethe.	154
+ <i>Los astros y tus ojos</i> , de Victor Hugo.	155
<i>Fantasia.—A Laura</i> , de Schiller.	157
<i>El abrazo</i> , de Heine.	161
- <i>Invocación</i> , de Lamartine.	162
• <i>A Fabio</i> , de Victor Hugo.	164
<i>Amenazas</i> , de Goethe.	166
- <i>Recuerdo</i> , de A. Musset.	167
<i>Mis canciones</i> , de Heine.	175
- <i>A Augusta</i> , de Byron.	176
• <i>Para ti</i> , de Victor Hugo.	179
<i>Cuerpo y alma</i> , de Heine.	181
<i>Noche serena</i> , de Goethe.	182
<i>Melancolía.—A Laura</i> , de Schiller.	183
<i>La despedida</i> , de Heine.	187
- <i>La isla de Ischia</i> , de Lamartine.	188
<i>A Jenny</i> , de Heine.	194
<i>Proximidad del sér amado</i> , de Goethe.	196
- <i>A Ninon</i> , de A. Musset.	197
<i>La Ponzoña</i> , de Heine.	201
• <i>A una mujer</i> , de Victor Hugo.	202
<i>En la cumbre de una montaña</i> , de Goethe.	203
<i>Coronación</i> , de Heine.	204
<i>El secreto del recuerdo.—A Laura</i> , de Schiller.	206
<i>Goces verdaderos</i> , de Goethe.	209
<i>El amor del poeta</i> , de Heine.	212







LLI